

COMPARTO PISO

HISTORIAS, CUENTOS Y RELATOS DE LA
MIGRACIÓN COLOMBIANA

J.A. LONDOÑO O.



J. A. Londoño Ortiz ha realizado estudios en Logística. Máster en Alta Dirección y cursos de especialización en Medios Alternativos de Comunicación Social y Gestión Multicultural e Intervención en Migración.

Ha trabajado en áreas de publicidad comunicación, marketing y logística en Colombia, España y Holanda. Ha sido redactor y Copy Writer en varias campañas y empresas.

De igual manera, ha trabajado como General Manager en el portal web Clínicas Estéticas para Colombia y Argentina. Creador del proyecto www.comoescolombia.com y su director desde septiembre del año 2017 hasta el 30 de abril de 2019.

Paralelo a sus actividades laborales, desde el año 2009 ha venido realizando acciones permanentes en calidad de trabajador social voluntario en la Comunidad Autónoma de Catalunya especializándose en áreas de Acceso a Vivienda de Alquiler Social y Bienestar Social y Familia, atendiendo más de 2500 familias, madres cabeza de hogar y personas en riesgo de exclusión social a regularizar sus situaciones contractuales y darles acceso a la información y acompañamiento de manera integral frente al Estado



Círculo Rojo

COMPARTO PISO. HISTORIAS, CUENTO
Y RELATOS DE LA MIGRACIÓN COLOMBIANA

COMPARTO PISO.
HISTORIAS, CUENTOS Y
RELATOS DE LA MIGRACIÓN
COLOMBIANA



J.A. LONDOÑO O.



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: noviembre 2019

Depósito legal: AL 2574-2019

ISBN: 978-84-1338-505-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: J.A. Londoño O.

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico.**

*A Pere Elías Ballester,
un amigo, un padre, que
me adoptó en esta tierra
que hoy camino.
Gracias.*

*A la Sra. Concepción, que
me dejó estar en su casa, con sus
recuerdos de una guerra y su dictadura.*

*A Noel Alberto Lozano,
el maestro que me enseñó lo que significa la justicia.*

Gracias.

UN CAFÉ, PERO CON LECHE Y PAN

Los seres humanos no nacen para siempre el día en que sus madres los alumbran, sino que la vida los obliga a parirse a sí mismos una y otra vez.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

—**H**ola, buenas tardes. Llamo por la cita que nos quedó pendiente.

Al otro lado de la línea le contestan:

—Hola, mi amor. Sí, soy colombiana, muy linda, con culito respingón, media hora 60, una hora 100, francés sin. Decime qué es lo que buscas y te lo doy.

Emerge del teléfono con voz melosa e insinuante.

—No, no me ha entendido, paisana. No me interesa el *servicio*, me interesa la cita que no me cumplió. Verá usted, después de hablar y haberla escuchado y conocerla, me gustaría solo poder volver a escucharla. ¿Ya pasó el mal momento? Me ha tocado muy difícil para ubicar su teléfono verdadero.

La chica, muy enfadada, contesta:

—Ahh, no, marica, ¿para más chismes? Déjalo así, yo vengo aquí a trabajar, no me jodas con tus *güevonadas*.

Me contesta con acento del valle, de ese valle del interior que es inconfundible y, al final, me colgó, y quedo así la conversación.

Sabía yo de la soledad y el sentir de vacío que deja la migración. Hacía ya tres meses de hablar y de haberla conocido en el metro de Barcelona. Durante casi 25 minutos de trayecto, entre La Sagrera y Can Vidalet, donde tenía una pìecita chiquita para «guardar la ropa», según ella me contaba.

Me dejó un teléfono que no existía. Pero ese día, después de desahogarse conmigo, un paisano que le había recomendado una amiga había quedado con la curiosidad de cómo había llegado a solucionar su problema, qué camino había escogido. Pero más que cualquier cosa, era el sentimiento de vacío que experimentaba desde hacía meses, el cual yo compartía con ella.

No pasó mucho tiempo, a decir verdad. A los tres días me llamó.

—Hola, Fernando, soy María, la caleña.

—Hola, María, ¿cómo está?

—Perdóname vos lo del otro día, ¿sí? Es que me dio mucha piedra que me llamaras por el teléfono del negocio.

—Claro, discúlpeme. Me dio un teléfono que no era, y al fin di con el de su *negocio*. Era eso o no volver a saber de usted.

—Lo sé, Fernando, y discúlpame. Nunca nadie se había preocupado por mí de esta manera aquí y esto asusta, ¿sabés?

—Bueno, lo entiendo. Mis disculpas por el atrevimiento.

—Esta semana no trabajo, me llegó *pacho*. ¿Quedamos por Sans Estación y te cuento?

Con algo de duda, le pregunté:

—Perfecto, en el mercado de la estación, ¿el jueves le va bien?

—Sí, listo jueves y comemos.

—Quedamos entonces.

Ese jueves, después de tres reuniones, fui al mercado de la estación de Sans. Día lleno de viajantes en los trenes de cercanías, media y larga distancia, vísperas de festivo.

—Hola, Fernando.

Allí estaba. Diferente. Alegraba ver a una paisana tan bien arreglada y tan bonita. Se me llegaba a mi mente esa canción de «Caleña, caleña linda, caleña de labios rojos».

—Hola, María, ¿cómo está?

—Óyeme, ¿nunca me vas a tutear como lo haces siempre con Diana?

—la falta de confianza, María, o la timidez; si no te molesta te tuteo, no hay problema, yo encantado.

—Ayyy, pero no, mi amor, a ver, no se me vaya a ilusionar, ¿bueno?

—No, fresca, cuéntame qué ha pasado. Vamos al restaurante de pasta italiana que queda allí.

Después de pedirme una pasta a la boloñesa, y ella una a la carbonara, iniciamos nuestra conversación:

—Mira que ya no me está doliendo tanto. Tenía que aceptar que uno piensa diferente.

—Lo sé, María, tenías la ilusión de que ella te ayudara, pero los hijos en realidad no son tuyos, son de la vida, dicen por ahí.

Había traído a su hija con miles de maromas y argucias legales, además de haberle pagado a tres abogados diferentes que le salieron *chimbos*, hasta que dio con una paisana que sí supo dar en el tema y lo gestionó en tiempo récord, todo para que su hija no llegara sin documentos, como le tocó a ella.

Estando ya aquí, a las dos semanas consiguió trabajo y, al mes, le dijo que se marchaba.

—Sí. Tú tienes razón. Yo me la traje con esa ilusión de que me ayudara, ¿ves? Queda Catalina, con ocho semestres de Psicología, y yo sola reviente para todo. El apartamento en Cali, lo de los buses, el mercado, para todo, no me joda. Y es que ya no es lo mismo que antes, papi, esta vaina está cada día más jodida.

—¿Pero ella sabe en qué trabajas?

—Qué va. Yo creo que ella intuye algo. Pero que yo le haya dicho, o que ella me intente decir algo, no.

—Ahí es donde siempre digo que ustedes, las mujeres, son muy berracas e inteligentes. Yo no sabría cómo evadir eso. No decirles a mis familiares en qué trabajo.

—Sí. En Colombia solo lo saben dos tíos que me adoran, ¿sabés? A ellos son a los únicos que les mando su regalito en el Día del Padre, en Navidad. Porque ni a mi mamá, que solo llama a pedir plata. Piensan que aquí cago billetes de 500 euros, no me joda.

—Es verdad. Pero eso pasa cuando malacostumbras a la gente. Aquí he visto unas cosas que ni te imaginas. Lllaman llorando, que no pueden pagar los servicios, que se acabó el mercado, que la pensión del colegio, que lo uno, que lo otro y al otro mes, vuelve y juega. Cuando se dan cuenta, es que se gastan la plata en otras cosas, se dan una vida que ni un rico, y al final de mes, el de acá reviente por todo lado para mandar la plata. Lo que no nos cuesta hagámoslo fiesta, ¿no?

—Es verdad, papi. No se imaginan cómo tiene uno que mover el culo para levantarse la platica cada mes.

—Y a ti literal y textual, ¿no?

—No te burles, *güebón*.

María había nacido en una familia pequeñoburguesa de Cali. No había ido al colegio más caro, pero tampoco al más barato. Su padre había sido vendedor de Carvajal S. A., una de las empresas más pujantes e importantes de Colombia y en el Valle del Cauca de los años 70 y 80, venida a menos con la apertura económica del 92.

Con ya casi 42 años, había estudiado hasta 6 semestres de administración de empresas, pero no pudo terminar.

—Mirá, que los recuerdos más bonitos en Cali los tuve en la universidad, ¿sabés? Tenía un compañero parecido a vos. Me encantaba salir del trabajo y que llegaran las 6 de la tarde para irme a la universidad. La nocturna. Tenía más pretendientes que reina de belleza. Pero me esforzaba por no cagarla. Ya tenía mi hija con un bobo litro que me dejó tirada y ni lo volví a ver. Quería salir adelante, pero me quedé sin trabajo; mi papá también cuando fue de los últimos en salir de la empresa, y ya no pude más con la universidad. Tenía 2 créditos, y el ICETEX ni mirarlo, salí reportada en Datacredito. Me tocó dejar de estudiar.

—¿Y qué pasó?

—Tenía 22 años cuando una prima lejana mía me dijo: «María, me voy para España. Dizque está bueno el trabajo allá». Yo me quedé así como pensando, ¿ves? Qué carajo va uno a hacer en otro lado. Mucho miedo y ya tenía a la mayor. Yo dejé así un tiempo, pero en Cali se puso muy terrible la situación. Mi papá empezó a vender poco a poco lo que tenía. Un pedacito de terreno en Restrepo, que le habían dejado mis abuelos, el carro, en fin, de todo para sobrevivir. Ya a finales de 1999 tomé la decisión, Fernando; llamé a mi prima y le pregunté cómo era la vuelta para llegar a España.

—Eran tiempos diferentes, ¿no?

—Sí, Fernando, eran otros tiempos. Imagínate, que era muy jodido comunicarse y bien caro. Pues la llamé. Le pregunté de una, a secas y sin anestesia, «prima, cómo putas hago para irme a España. Estamos jodidos».

—¿Y cómo reaccionó?

—Pues de entrada me dijo que no tenía plata para prestar. Que si quería me recibía por unos días y ya después que «me hiciera la vida». Yo no entendía esa frase, *que me hiciera la vida*, ¿ves? Hoy día es una de las que más utilizo, *hacerme la vida*.

—Humm, ¿y cómo hiciste?

—Me tocó ir donde un prestamista, allá por lados del centro comercial la 14 con 5.^a. Me prestó para pagar los pasajes y llevarme 2 millones, que era un billete en esa época. Mi papá puso el carro viejito como aval. No quería poner la casa, es lo único que sí valoraba, su esfuerzo de trabajar en Carvajal por años.

—Claro, difícil la situación, ¿no?

—Sí. Le dio muy duro en esa época. Solo me pidió que tratara de volver, así fuera solo por vacaciones.

—¿Y lo hiciste?

—Sí. Dos veces en cinco años antes de que le diera el paro cardiorrespiratorio que se lo llevó. Eso fue como en el 2005. Esa vez sí no pude ir. Me dolió muchísimo no poder ir al funeral de mi papá. Eso es de las cosas más duras que he vivido desde esta berraca lejanía. Además, en esa época, qué WhatsApp ni qué mierda. Llamar desde el locutorio y cuando podía.

—Sí, es cierto. Pero, bueno, ¿cómo fue lo de lo que tú llamas «la vuelta» para llegar a Barcelona?

—Ahh, en eso estábamos. Mira, mi prima llegó por Frankfurt. Yo fui y me compré los pasajes. Efectivamente, viajé también por vía Frankfurt. Fue un vuelo interminable. Ten en cuenta que solo una vez en mi vida había montado en un avión. Fue para la excursión tradicional del colegio a San Andrés. Pero nunca más.

—Sí, las recuerdo.

—Bueno, mirá, la tensión tan berraca de tener que dejar a mi hija con los abuelos, dejar la ciudad, mis amigos y conocidos, en fin, partir fue muy jodido, muy duro.

»Hace días leí en el Facebook que inmigrar era como morir. Recibes mensajes de que se te extraña mucho, que dejaste un vacío. Pero eso antes no era posible. Ahora es que mantienen escribiendo, y con la de gente que se está quedando, ni te imaginas lo que se sufre.

Llegue a Frankfurt en un frío el berraco, yo nunca había sentido tanto frío en un febrero. Más nerviosa que el putas. Y casi me desmayo cuando un *man* grandísimo me hizo señas y me habló en alemán.

—¿Cómo así? —le pregunté—. ¿Te pillaron para la revisión?

Me contesta con total desparpajo:

—Sí, marica, ¡iba más nerviosa...!

—¿Y qué te dijo el policía? —pregunté con voz nerviosa, como si me estuviera pasando a mí en ese mismo momento.

—Yo ni entendí, marica, ya después fue que averigüé que el *man* grande y mono me decía *Hier, dass Sie auf dem Flug von Kolumbien kommen*. Yo lo único que entendí fue *Columbien*, y pensé «ay, jueputa, ¿ahora qué pasó?». Marica, estaba cagada del miedo. Uno escucha que le cambian la maleta, o que al dejar las maletas en el mostrador no faltará el que le meta a uno algún kilo de coca, yo qué sé.

Me contesta con ese acento valluno mezclado con palabras españolas, que después de 18 años de migración seguro que se pegan.

—¿Y qué pasó?

Tenía yo el corazón en una mano, aparte del sentido chismoso de la señora de la esquina de mi barrio.

—Pues, *güevón*, lo que tenía que pasar, me entraban a un cuarto a *raquetiarme*. Me encerraron y yo no entendía ni mierda.

Ese término, entre militar y carcelario de la *raqueta* no lo escuchaba hacía por lo menos 10 años. Consiste en revisar minuciosamente un área, sector o equipaje, con el objetivo de encontrar alguna pertenencia no autorizada. Y con el corazón aún en una mano, le dije:

—Terrible. Uno solo sin entender nada del idioma, no, terrible.

—Claro, marica. Me tocó pagar un traductor. Llevaron a una chica argentina. Ella se dice italoargentina. Era de Salta. Margarita Conforti. Nunca he podido olvidar su nombre, aunque nunca más la volví a ver. Me ayudó muchísimo.

Miraba al infinito. Recordaba cada paso de ese momento como si hubiese sido ayer y, como un recuerdo imborrable de su tránsito de migrante, se le vino una lágrima por la mejilla.

—Me hicieron quitar toda la ropa, Fernando. Nunca me había sentido tan humillada. Había conmigo tres mujeres, dos alemanas y Margarita.

Con un dolor en su mirada, que yo con impotencia traté de compartir, o al menos, repartir el peso del recuerdo, la miré fijamente y tomé su mano. Creí en ese momento de recordar que era lo único que yo podía hacer, ser su escuchador y su desahogo. Con su eterno acento que cada momento se acentuaba más, me dijo:

—Nunca en mi puta vida le había contado esto a nadie. Sentí mucha humillación. Fue denigrante estar desnuda ante tres personas desconocidas.

Como dice alguna canción del grupo Niche, «con lágrimas en los ojos, seguía adelante con su retrato».

—Pasaron cuatro horas. Yo tenía que hacer un intercambio a Barcelona, y solo tendría 2 horas para llegar a la terminal, con las dos maletas que traía y nada que me soltaban.

Con esa extrañeza, traté de pedir detalles de lo que pasó en ese cuarto de 3 por 3 con una mesa en la mitad.

—Pero ¿qué fue lo que tanto pasó ahí, María? —le pregunté.

—Pues, mirá: primero es como un interrogatorio en varias etapas. Primero, que de dónde venía. Segundo, que para dónde iba. Tercero, que si tenía los recursos suficientes para venir. Tercero, que si yo había preparado mi maleta. Pero ten en cuenta que eran preguntas entre las dos de la policía y con traducción de Margarita, que trataba de hacer más fácil la situación, o al menos más llevadera.

En un momento no entendí lo que me decía, y con el fin de entender, le pregunté lo impreguntable:

—¿Pero tú no entendías lo que te decían a la primera?

Y con algo de mal genio me respondió.

—Pues, hermano, imagínate tú encerrado con una preguntadera la hijueputa, que ni entendías, con una traductora tratando de hacer todo más fácil y, además, estás en pelota, marica. Porque después de las primeras preguntas, te hacen empelotar para revisarte todo. Que me agachara, que abriera la boca, vuelva y agáchese y la argentina, ya incómoda, algo les dijo.

Ya después le pregunté a Margarita qué les había preguntado. Y me contó algo como así:

—Mira, María, les pregunte así: *¿Glaubst du nicht, dass du mit dieser Frau zusammen bist?* Creo que se estaban pasando contigo. Por eso me metí. No era normal tanta revisión y como tan minuciosa. Lo que después me explicaron era que tenían información de que en ese vuelo venían seis mujeres con droga en su cuerpo. De hecho, ya van dos y hay otras en espera. Ellas no podrán llegar ni a Barcelona ni a Madrid. Ya hubo una que se declaró. Y hacen falta las otras, a no ser que ya hayan salido del control de frontera.

Y con vos resignada le aseguré:

—Pagamos justos por pecadores, ¿no?

—Sí, Fernando, sí, es verdad. A mí, por la cabeza ni siquiera se me pasó meter algo de esa mierda.

—Bueno, pero sigamos, ¿no?

Con esa mirada en el recuerdo y con algo más de desenfado prosiguió.

—Pues imagínate tú, que al final, una de las *Polizei* me preguntó —a través de Margarita, claro— después de todo el interrogatorio, de la agachada en pelotas, de ahora si sacarme todo de la maleta, un perro pastor alemán que me olfateó hasta el bizcocho, y todo, después de toda esa experiencia de mierda, la *Polizei*, como les digo yo desde ese día, me pregunta sin traducción que si quería un café.

»Imagínate, después de todo eso, como si nada, que si quería un café.

—¿Y tú qué le contestaste? —pregunté.

—Pues le dije a Margarita, la argentina, así: «Decile a esta triplehijueputa que sí, un café, pero con leche y pan, que traigo un hambre ni la hijueputa».

—Entre risa y llanto te saliste con la tuya, ¿no?

Y con ese orgullo patrio a flor de piel, me dijo:

—Claro, marica, soy colombiana, tenía que salirme con la mía. ¿O no?

Bueno, María, ya con todo esto, ¿qué va a pasar? Te quedaste ya sola, ¿no le vas a decir a tu hija lo que haces?

Y con esa mirada de tristeza, con un dolor profundo en su corazón, me soltó la última perla:

—Fernando, mi puel' putas. Sigo como cuando llegué, sola, trabajando como una mula...

—Una pregunta muy personal, María: ¿cómo llegaste a tomar la decisión de trabajar en esto?

Con una amplia mirada al final del todo, me contestó:

—Fernando, tuve que tomar esta decisión cuando no me alcanzaba para mandar a Colombia lo de mis hijas. Y tomé esta decisión sencillamente. O no cobro y lo doy gratis o cobro. Y tomé la decisión: ¡cobro! Al fin y al cabo, este coño es mío y yo lo administro.

Pensé en mi interior que era, en efecto, una decisión propia y, además, extremadamente feminista.

—Aunque a muchas les parece facilista, ¿no?

Se giró y me miro con cara de una gran dignidad:

—Cuando tú tienes todas las oportunidades, que tu mamá te paga, que tu papá te da la universidad, eso, ahí puedes decir eso. Pero cuando todo te lo ponen en contra, ya verás que más de una lo da por un cálao. ¿Me oyes?

Bajando la cara, después del argumento, solo me bastó decirle:

—Sí, María, tienes toda la razón

EN LA SALUD Y LA ENFERMEDAD

La vida no es sino una continua
sucesión de oportunidades para
sobrevivir.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Estando en mi casa, leyendo la prensa del día, recibo esa llamada que me deja preocupado.

—Kiubo Fernando, ¿cómo está?

—Bien, Andrés. ¿Qué tiene, hermano?

Andrés Fernández es un amigo de toda la vida. Es de esa clase de amigos que ya uno no sabe si son hermanos o qué. Nos conocemos prácticamente en pelota. Nos hemos agarrado, nos hemos madreado y dicho hasta de qué nos vamos a morir. Pero al final, no pasa de tres meses y me llama él o lo llamo yo.

Desde que tenía yo 12 años lo recuerdo. Él es 5 años mayor, pero en el grupo *scout* siempre estuvimos en contacto.

Tiempo después, y por más de siete años, estuvimos en el mismo grupo. Experiencias de nuestros primeros trabajos, de las primeras novias, en fin.

—Mi mamá, que está grave en Pereira, hermano, y no, terrible con eso de la EPS.

—¿Y esa vaina? —le contesté

Con una voz quebrada, me explica:

—Pues creo que le hicieron un mal diagnóstico. Ya desde hace varios días estaba supuestamente con un riñón que le estaba fallando, y la pasaron a diálisis. Y después que no, que no necesitaba diálisis. En fin, hermano, me voy a Pereira, a ver qué pasa.

Uno medita desde la distancia. Aquí, donde la vida me trajo por alguna razón hace ya trece años.

Por desgracia, uno hace comparaciones y al final vemos que sí es posible. Sí hay una voluntad política expresa, sí es posible tener una salud digna, y no un negocio contra las personas, como lo es hoy Colombia el sector primario y secundario de la salud. Para mí, la mejor salud que he tenido en mi vida hasido aquí, en España.

Aquí, la gente se queja mucho y a la mínima van al centro de salud, que por extraño que parezca, lo más lejos son cinco

calles. También se quejan de los exámenes, pero nunca te cuestan nada y te salen para máximo una semana a la vista. Conozco el hijo de un amigo al cual quiero mucho. Le han hecho ocho cirugías de alta complejidad, y ellos no han tenido que gastar lo que supuestamente se gastarían en Colombia. Como mínimo, 25 millones de pesos al día.

También se inventan los malos políticos unas barbaridades que ya lo dejan a uno, como dicen aquí, flipando en colores. Una vez, un ministro de Estado, Arias Cañete, que después fue eurodiputado, dijo que los latinoamericanos se venían a España por hacerse una mamografía que en su país (citaba a Bolivia, Colombia y Ecuador) no les alcanzaba ni el salario de un año. Y era ministro. Así que, con uno de Defensa que hay (Botero, de Defensa en Colombia), cada día se convence uno más de que hay mucha gente bruta en la política. Estamos como estamos.

Comparar. Comparar es una ventaja de los que hemos tenido que salir y ver otras alternativas, otros modelos. Aún recuerdo cuando tenía acceso al Seguro Social. De hecho, la madre de mi amigo trabajaba allí, en urgencias, y en infinidad de oportunidades me ayudó a agilizar y a ser más llevadera la situación. Por ejemplo, cuando me dio un dengue clásico terrible. Los dolores son insoportables. Y ahí estaba ella, con su apoyo y su sonrisa.

Ya después de tres días de Andrés en Colombia, en su natal Pereira, nuevamente el *whatsapp*. Ya con el saber de cómo es el tema en los servicios de salud de Colombia, le digo:

—Bueno, la cara del santo es la que hace el milagro, ¿no?

Con la misma voz quebrada, me dice:

—Fernando, ya hemos hecho de todo. Palanca de un lado, palanca de otro. Eso, la salud en Colombia, así usted pague una millonada, como lo hacemos nosotros con mi mamá, no sirve para ni mierda.

»Imagínese que mi mamá ya lleva seis días al frente de la guardia de enfermería, tirada en una camilla, quejándose de los dolores y esperando una cama en la UCI, y ni aun así le ayudan las enfermeras de turno.

»Si no dan autorización para que la internen, no lo hacen, así se esté muriendo del dolor, Fernando.

»Llevamos cuatro días esperando la berraca autorización. ¿Sabe lo que dicen, todos, hemos llamado a seis teléfonos diferentes? La respuesta de siempre: «Se está gestionando, no se preocupe». Cómo putas no me voy a preocupar, Fernando. Esta gente ya no le duele ni le interesa nada.

Aquí uno queda con un sentimiento de impotencia muy grande cadavez que escucha cosas como las que Andrés me contó en su desesperación

—Fernando, esto es increíble. Ahora sé por qué esto es una república bananera, hermano.

»Nos tocó pagar a una enfermera mientras llegamos, para limpiarla, darle de comer, en fin, ya sale por más de millón cuatrocientos mil, la enfermera.

»Toca darle *vacuna* a medio mundo. Desde el de seguridad de la puerta para que dejen pasar algo de comer a mi hermana, que cuidaba esa noche a mi mamá, hasta la señora del aseo, para que pase a limpiar el baño.

»Fernando, es increíble. Ahora sí sé por qué todo el mundo quiere salir de Colombia. Esto está terrible.

»Mire, una señora de la Virginia, hermano, imagínese, de la Virginia, muy humilde, cuidando la suegra. Si no es ella, no es nadie, porque el único que trabaja es el esposo, es el que trabaja en la finca. No tiene quién le lleve ni siquiera un almuerzo.

»Fernando, cobran casi 15 000 pesos por dejar dormir cuidando a la enferma y ¿sabe en dónde? Fernando, una silla de Rimax. No le dejaron entrar una colchoneta de esas de doblar. ¿Se acuerda de esas de varios colores? Pues no se la dejaron entrar. Ni dándole 30 000 pesos al de seguridad, hermano. Nada.

Con gran dolor, y tratando de sobrellevar ya la desesperación, le hago conversación:

—Andrés, ¿y no hay posibilidades de trasladarla?

Me responde Andrés, con el dolor más grande en su voz y su corazón:

—Fernando, mi mamá ya está en las últimas.

Cuando me dijo esto, solo se me vienen a la memoria los episodios de dolor que he tenido que ver y afrontar. Aquí he visto todo tipo de dolor del alma.

Aquí, en Barcelona, vi llorando en el suelo a un supuesto líder social colombiano, autoproclamado de «perfil internacional». El tipo más déspota que he conocido en mi vida. Aparte de homófobo, misógino y racista. Un día, después de llevar cuatro semanas de regreso a España, falleció su madre. Y fue allí cuando le llegó el dolor y todo su despotismo se fue al caño.

La imposibilidad de ir a Colombia al entierro de su madre fue dolorosa. Pero más doloroso ver la impotencia y su orgullo menoscabado, de no tener el dinero para ir a su sepelio. Como vio en un dramatizado que se hizo de Pablo Escobar, escuchó el sepelio de su madre por WhatsApp.

He visto el dolor de la muerte muy cerca. He visto a un tolimense teniendo que hacer de tripas corazón, vendiendo lechona y tamales para repatriar el cuerpo de su cuñado. Lo más terrible es, después del tiempo, saber y conocer como algunas personas se aprovechan de la oportunidad.

A este tolimense, un conocido le dio una aportación de 200 euros para la repatriación de su cuñado, como les cuento. Pero se la hizo a través de una asociación, un casal, que llaman aquí a las agrupaciones de ayuda. La *honorabilísima* presidenta de este casal colombiano, una girardoteña, le entregó la aportación, pero valorada en 140 euros. Sí, se quedó con 60, imagino que por la cara. Y este es uno de los tantos exabruptos cometidos por esta *honorabilísima* presidenta, que desde ya hace trece años tiene esta *famiempresa*. Eso son las asociaciones hoy día, una *famiempresa* que le saca a la Comunidad Autónoma o al Ajuntament de Barcelona unos recursos, para entregarlos menguados a sus asociados, en su inmensa mayoría inmensamente ficticios. Valor agregado a la inversa, llaman algunos.

Ya han pasado diez días. Suena el WhatsApp.

—Fernando, falleció mi madre.

Le contesto con lo mejor que tengo en el momento:

—Andrés, lo acompaño en el sentimiento. Un abrazo a usted y su familia

Andrés, al que siempre fue pragmático, hoy lo escucho con dolor en su voz y en su corazón.

—Se fue tranquila. Todos estábamos aquí. Ya descansó y están llegando de todos lados, del grupo *scout*, del trabajo, del barrio. No vamos a estar solos.

—Eso seguro —le dije intentando darle ánimo.

«No hay medicina que cure lo que no cura la felicidad», decía Gabriel García Márquez. El problema es que, muchas veces, la felicidad del inmigrante está en el regreso, que cada día se ve más y más lejos.

LA PRIMERA HABITACIÓN EN BARCELONA

Siempre habrá gente que te lastime,
así que lo que tienes que hacer es se-
guir confiando y solo ser más cuidado-
so en quien confías dos veces.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

—**H**ola, Fernando.
—Hola, Paola, ¿cómo estás?

Paola Castillo. Una bogotana de Ciudad Kennedy. Qué mujer tan buena gente. Ya nos conocemos hace más o menos siete años. Es una de esa echada para adelante y no se queda con chiquitas.

—¿Sabes, Fernando, que aquí al frente fue la primera habitación que tuve en Barcelona?

—¡No me digas! Y qué, ¿buenos o malos recuerdos?

Recuerda con la mirada y mira ese edificio. Es de los años 70. Estamos por Entença, en la estación del mismo nombre, a la altura de Rosellón.

—Buenos, en realidad.

Y aquí comienza a narrar parte de su rollo de vida.

—Llegue aquí con mi papá. La verdad, al final fue que decidí quedarme.

—¿Cómo así? —le pregunté—. ¿Llegaste como turista con visado?

—Sí. Eran otras épocas y cumplimos todos los requisitos. Conseguir esa visa a Europa vía España era muy durísimo. Pero al final me decidí.

—¿Y tu padre?

—A él le daba muy duro la separación por tres años de mi mamá y mis hermanos. Se quedó conmigo un año, por eso metimos la pata en varias cosas.

—¿Cómo así?

—Sí. Nos fuimos a vivir por los lados de Tarragona. Con algo de dinero que teníamos, mi papá se compró un *jet ski* de segunda.

—¿Un *jet ski*?

—Sí, una moto de agua.

—¿Y esa vaina?

—La *visión de negocio* del viejo. Quería montar esa vaina en el puerto, con una nevera con bebidas, refrescos y cerveza, y alquilar por horas el aparato ese.

—¿Qué me dices? ¡100 % inventiva chichombiana! Y aquí, como no ponen de requisitos y cosas para un permiso y eso. ¿Qué quería, hacerlo de pirata?

Cada día veo en estos colombianos que hoy llegan de turismo y se quedan, ese empuje, ese sentir primario de supervivencia, o de sobrevivencia que a todos se nos despierta. Aquí, en Catalunya, hay un dicho muy sabio: *més llest que la fam*, o, mejor dicho, en castellano, más listo que el hambre.

Negocios de pirata como platos típicos a domicilio, que es lo más común, junto con la manicura y pedicura. También los mecánicos y los manitas, que se le miden a lo que sea al frente de la Plataforma de la Construcción en Sant Adrià de Besòs. Sobrevivir es factor clave de éxito. No es fácil hoy día llegar a un país extraño y empezar de cero. Desde la apertura de la frontera y el retiro del visado, se han venido quedando el 35 % de personas de un vuelo. Familias enteras, padres con hijos menores hacen el viaje, vendiendo y hasta pidiendo prestado para salir de Colombia. Hagan sumas restas y multiplicaciones, pero la verdad, frente al dato cierto y válido, es que la población de origen colombiano en Catalunya crece hoy día a un 9 % mensual.

Siguiendo con el relato de Paola, se me vienen a la mente estos colombianos de hoy.

—Pues claro. Esa vaina era de *pirateichon*, como dicen en Bogotá. Pero la cagada fue el día que íbamos a poner en marcha el *bussines*.

—¿Qué pasó?

—Pues imagínate, que eso no es echarle gasolina y ya. Eso tiene su preparación, saber de cómo arrancarlo y esas cosas. Uno bien rolo ¿qué carajos va a saber de esa vaina?

—Claro, son de pesca con pantalones arremangados. ¿A que sí? ¿Y entonces?

—Pues, Fernando, la cagada fue que de primerazo, ese cacharro se nos hundió. Y si el motor llega a tocar agua salada, hasta ahí quedó todo.

—¿Y, preciso, se les hundió?

—Claro, marica. Esa vaina la metimos al agua. Y qué oso tan verraco. Yo alcance a dar unas cinco o seis vueltas a toda mierda allá, en Tarragona. No nos dimos cuenta y abrimos una válvula después para taquear y eso se empezó a hundir. Terrible.

»Hubieras visto la cara de mi papá.

A veces nos enfrentamos a esa realidad. Después de soñar con lo que podría haber sido un buen negocio; pero, al no conocer nada, al no saber cómo es la legislación en estos países, se quedan mirando cómo se desbarata el sueño.

—¿No se dio ni una vuelta el viejo?

—No, Fernando, no se dio ni una vuelta, y esa vaina sacarla fue un camello el tenaz. Pero bueno. Eso nos dio un golpe de realidad. Mi papá estaba tomando mucho, me decía muchas mentiras, y yo viéndolo. Al final, se fue, se devolvió, no aguantó mucho. Yo me quedé.

—Pero, Pao, sin papeles, sin dinero, ¿cómo hiciste?

—Yo empecé a salir con un catalán que me presentaron. El *man* vivía solo en una casa inmensa. Y, sí, yo era la novia, pero en la calle. En la casa yo tenía mi habitación aparte, cocinaba aparte, todo aparte. ¿Sabes que era lo más fastidioso?

—¿Qué?

Yo le pregunté, pero en el fondo sabía la respuesta. No digo que todos, pero en la inmensa mayoría de parejas mixtas, el inicio cuesta mucho.

—Ese loco olía todo lo que yo hacía para comer. La verdad, yo, de cocinar, poco, al principio. Pero lo poco que hacía y le ofrecía, el *man* lo olía primero y me lo despreciaba. Hasta que un día me dijo lo que más me dolió.

—¿Y qué fue lo que te dijo?

—En una conversación, para tratar que el *man* se hiciera pareja de hecho conmigo y así tener los papeles, me lo soltó así, sin dolor: «Paola, es que no eres de acá, eres de allá».

»Me sentí tan mal... Como si uno fuera menos que un catalán o un europeo, como si uno fuera una mierda. Sentí cómo si nos vieran en guayucos. Tú me entiendes, ¿verdad?

Y tanto que la entendía.

—Como maluca, la situación. Digo yo, ¿no?

Como por querer saber más a fondo.

—Ah, sí, Fernando. De sexo, poco, y uno necesita, hermano. El *man* iba a su ritmo, y después me salió con una cantidad de temas. Que estaba con depresión, que no sabía de qué iba, en fin, me quería sacar el culo.

—¿Y qué paso? Al final, ¿cuándo llegaste a Barcelona?

Paola repasaba su período en este país. Los espacios, los tiempos. Aquello que se oculta a los demás, lo que se debe esconder en lo profundo de un baúl de recuerdos. Más tarde que temprano vienen a la mente, lo bueno, lo malo, los errores, los innombrables, las cagadas en un país donde a uno nadie lo conoce.

—Pues dejé al tipo catalán y me cuadré con un colombiano.

—Ahhh, producto nacional —le dije.

Con una sonora carcajada me respondió:

—Sí, a consumir producto nacional. Más vale conocido que bueno por conocer.

—Eso dicen, Pao, eso dicen.

Con la sonrisa en su cara, empezó a contarme su segundo año en España.

—Pues mira, Fer, después de dejar al catalán, de haber trabajado en Tarragona en varios almacenes de ropa y no lograr nada, me conocí con el colombiano. El *man* estaba en la inmundia y yo sola. Pero me trataba como una princesa.

»Así no tuviera para comer, el *man* estaba ahí. Sin papeles, pero con ganas.

—¿Y qué pasó?

—Pues me dio la locura y acordamos que me venía a Barcelona, a compartir habitación.

—Como dijo un amigo, de aguantar hambre uno a aguantar hambre dos. ¿No?

Con más risa, me dice:

—Ay, Fer, tal cual, pero al menos con tranquilidad y respeto como persona. Con dignidad, al fin y al cabo.

»Llegamos a ese edificio. La habitación es pequeña, pero bonita y con un armario gigante. Pero lo malo era que la dueña fumaba hasta dormida. El hedor a humo impregnaba las paredes. Pero no me importaba, la verdad. Era un sitio bonito, salvo el olor. Una de las cosas extrañas, al principio, fue que la dueña del piso nos pidió que, si nos preguntaban algo los vecinos, nosotros dijéramos que éramos unos amigos de la familia y que estábamos allí por unos días. Algo extraño, pero pues al final, le dijimos que sí, que no había problema.

—¿Y cuánto pagaban?

—380 por los dos, Fer. Pero después de pasados siete días todo empezó como a cambiar.

—¿Qué pasó? ¿No me digas que el colombiano te abrió del parche?

—No, qué va. Imagínate que la dueña del piso empezó con unas indirectas todas extrañas a los cinco días de estar allí. Nos decía, cuando íbamos a hacer de comer, cosas como «oye, abajo hay un restaurante bueno, a 8 euros el menú». El loco se hacía unos huevos pericos deliciosos, con tomatito y cebolla. Me los hacía mojaditos, como me gustan. Y la dueña del piso decía: «Tanta historia para hacer unos huevos de mierda».

—Claro, eso es extraño para uno colombiano, y más recién llegado y pagando. ¿No?

—Fernando, esa vieja nos medía el tiempo de estar en la ducha. La preguntadera, que por qué nos demorábamos tanto duchándonos, que qué tanto hacíamos. Si entrábamos a orinar o a lo que fuera, se asomaba por el lado del lavadero y decía que, por favor, no nos demorásemos mucho. Naaaaa, terrible, esta señora, Fernando. Era como un *bulling* por cada cosa que hacíamos en ese piso, de una forma terrible, una hartera tenaz.

»Yo, ni el loco, le paramos bolas ese día. Pero ya notábamos algo extraño.

»Un día, como a los doce días de vivir en ese piso, el loco estaba haciendo un arrocito, de esos rápidos con papa y carne

frita para comer rápido, y estando la hija de la dueña, como dice mi abuelo, ahí fue Troya.

—¿Cómo así, Pao?, ¿una pelea al mediodía en medio de hacer el almuerquito?

—Tal y como te cuento. La tía esta se llenó de apoyo con la hija y nos dijo que los 380 euros eran solo por la habitación, y que no teníamos derecho a cocinar.

»¡Imagínate tú! ¿Adónde íbamos a parar comiendo en restaurante a 8 euros diarios un menú? Así fuera uno para los dos, pero pues uno se planifica, ¿no?

—Un mercado de 30 euros para dos en una semana no es lo mejor, pero se sobrevive.

—Claro. Y dímelo a mí, que he tenido que pedir mercadito regalado. Mejor dicho, la tía nos mostró el cobre de la más fea, miserable y tacaña de por aquí. Nos negó la cocina y el agua caliente, en pleno invierno.

En un país extraño, hay una serie de cosas a las cuales hay que asegurar. Lo primero, un teléfono móvil, o celular, como lo dicen en América. Lo segundo es un buen abrigo para invierno, porque el primer invierno da muy duro, y lo tercero, asegurar la habitación.

Ya después se va generando poco a poco una red de apoyo. En primera instancia entre paisanos, conocidos o «conocidos de».

—Bueno, Pao, y al final, ¿qué?

—Pues ese día, la viejita nos pidió la habitación. Y que nos respondía por lo de cinco días. Es decir, se quería robar diez días del mes. El loco se emputeció y la mandó a la mierda. Que sí, que nos íbamos, pero al finalizar el mes. Y que alistara lo de la fianza, que nos pidió 50 euros, por jodernos.

»El loco había conseguido trabajo de camarero cerca, por la carretera de Sans en esos días y conseguimos también cerca una habitación, en la calle Mallorca con Villarroel, donde un uruguayo. Ya solo inmigrantes. Más pequeña y todo compartido por 300 euros.

»Como era cerca, el loco planificó en un día de descanso la salida de ese piso, y mientras el *man* traía a pie todo en maletas,

que lo mío era más, ya como ocho o diez maletas, yo iba organizando. Nueve calles y como quince viajes se hizo el loco con el trasteo, Fer. Un berraco el loco ese, después de un turno de once horas en un bar, la verdad.

»¿Recuerdas que la vieja nos pidió que, si nos preguntaban algo los vecinos, nosotros dijéramos que éramos unos amigos de la familia y que estábamos allí por unos días?

—Sí, claro. ¿Qué pasó?

—Pues que el loco se dio cuenta de que a la vieja le daba vergüenza de que se enteraran los vecinos que alquilaba la habitación.

—¿Y qué hizo el loco?

—Pues el *man* estaba todo rabón, y era amigo de una colombiana politiquera del PSC. El *man* se hizo una carta donde decía lo que la vieja nos había hecho. La del PSC le sacó como 30 o 40 copias y él puso una en cada ascensor y en cada buzón del edificio.

—¡No jodas, todo el mundo se enteró!

—Sí, y en todo detalle lo que nos hizo. Al final, se quedó hasta con los 50 euros de la fianza. Pero ¿sabes qué fue lo mejor?

—¿Qué?

—Que cuando el loco le fue a entregar las llaves a la vieja esa, se creyó comunista, y le dice ahí, con tono histriónico y todo, como en la película esta, *La estrategia del caracol*: «Aquí tiene sus llaves, ¡VIEJA TRIPLEHIJUEPUTA!».

Una carcajada estruendosa salió de ese rincón, que terminó con todas las personas mirándonos y preguntándose de qué se ríen, este par.

—¿Y el loco?

—Buena gente, el *man*. Me echó, porque me pilló intentando salir con uno de los del SSIM.

—¿Los de Diagonal? ¿Los caleños?

—Sí, Fernando. Un drama como la *Cruz de navajas*, esa que canta Mecano. Nos vemos, que ya voy tarde al trabajo.

—¿Y qué? ¿Me vas a dejar así, sin contarme qué le pasó?

—Eso, Fernando, eso es otra historia.

DESESPERACIÓN

No llores porque ya se terminó,
sonríe porque sucedió.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Día 1. 03 de octubre de 2009

06:00 a. m. —Jue madre, ya son las 6 de la mañana. La verdad, es que no sé a dónde ir. Todas estas calles desde aquí hasta la calle Nicaragua, y a pie, qué cosa tan dura. Y lo peor es que no sé si de verdad le den la plata a esta señora. La tengo rejodida. Tengo el NIE vencido. La abogada no me da la cara. Se me acabó la plata. Germán me debe 200, pero no me alcanza. La del casal, Rosa, ya ni me recibe, y eso que le cargo el mercado hasta la casa. Bueno. Vamos a ver qué pasa.

¿Será que esta señora Rosa sí me podrá ayudar y no se esconde?

¿O será como siempre?

Bueno, a Santa María o al charco. Ya veré qué pasa.

06:10 —¿Qué le pasa, Rodrigo? Ya estamos a día 3 y nada que paga el alquiler de la habitación. ¿Qué vamos a hacer?

—Janet, espere un rato. Estoy esperando que me paguen algo pendiente del verano. Téngame paciencia, por favor. Le pagué tres meses por adelantado. Aún me deben.

06:30 —¿Ya salió de la ducha? Rodrigo, no se haga el *güebón*.

—Janet, ya salgo. Me estoy afeitando. ¿Bueno?

—A ver, Rodrigo, no paga y gastando agua y luz, gas, salga rápido, haga el favor.

—A ver, Janet, cuando le pagué tres meses por adelantado no se quejaba tanto. Espere, ¿sí?

06:45 —Ve, Rodrigo. Si tiene para comprar su café de mierda y no para pagar.

—A ver, Janet, esto lo tengo desde hace 15 días. Estoy saliendo. Pero, por favor, con respeto. Cuando estábamos trabajando era así, Janet. Sigamos así, con respeto.

—¡Mi mierda, hijueputa maricón! ¡Qué, me va a ver la cara de idiota o qué! ¡Me paga o se larga, remarica! ¡Esta es mi puta casa y aquí mando yo!

—Sí, Janet, pero no se pase. Yo a usted nunca le he faltado al respeto. He hecho todo lo que me ha pedido. Incluso más. Hasta los perros se los saco a la calle. Tráteme con respeto. Es lo único que le pido.

07:15 Bueno, bajando voy, bajando vengo. Vamos a hacernos la vida. Menos mal, en Barcelona casi todo es cerca. Desde aquí a la calle Nicaragua tengo una hora y pedazo. Pero llego retemprano. Esta señora llega a las 09:00. Me voy despacito. Suave. Sí. Pensando en dónde voy a poner todo en orden. Lo importante es o pagar, o mejor, salir. Esta tipa está loca. Si como trata al marido me trata es cuestión de tiempo que le conteste igual que ella y no. Paciencia, viejo Rodri, paciencia. Todo pasa.

07:45 Y pensar que éramos buenos compis de trabajo. Ese trabajito era bueno. Desconozco a esta Janet. La verdad, no conocía esta forma tan grosera. Una tipa buena trabajadora, de buen rollo, pero mira, como dice el adagio, caras vemos, corazones no sabemos.

08:15 Bueno. Descanso. Eché agüita y el bocadillo. Esto. sin papeles y sin plata es muy jodido. Si no me dan ese billetico, la verdad, no sé a dónde ir a parar. Al menos, para transportarme con las maletas. Al menos, que no me robe el ordenador. Esta vaina es muy dura. Todas las calles son iguales. Por donde mire. Y no tengo a dónde ir. Bueno, si tocó en la calle, tocó. Qué le vamos a hacer.

08:45 Ya llegué. Pero me voy al parque de allí. Pensaré esta señora que soy intenso. Pero si no pasa ya de uno. Qué cosa. Ni para un café. Pero bueno. Ya veremos.

09:30 Buenos días. ¿La señora Rosa?

—¿La colombiana?

—Sí, la de diversidad.

Llegar al PSC y ver un colombiano trabajando ahí no está mal. Se ve que le ha tocado duro. Aunque a veces la vieja esta es tan déspota. Vamos a ver con qué me sale hoy.

09:45 — ¿Usted es Rodrigo Ortiz?

—Sí, señor, soy yo.

—Que la Rosa se demora. Espera o vuelve.

—Espero, gracias.

¿Ve? Eso es que no tiene la plata para pagarme. Qué cosa tan jodida. Y ahora, a dónde me meto. Bueno. Esperar, que más nos queda. ¿No?

10:15 Kiubo Rodrigo, subamos aquí.

—Buenos días, Rosa. ¿Cómo está?

—Bien. Bueno, pues le cuento que ingresaron, pero solo la mitad. La otra mitad para el próximo mes. Son 200 lo de usted. Pasado mañana lo tiene en la cuenta que me dio.

—Bueno, gracias, pero ¿no puede ser antes? Tengo problemas con la señora del piso.

—Pero ¿no que era amiga suya? Que se espere hasta el 5. Nos hemos esperado nosotros.

—No, qué va, la cosa ya va de grosería y todo.

—Bueno, ¿y qué va a hacer, hermano?

—No sé, Rosa, la verdad. Buscaré a dóndeirme.

—Bueno, va a tener que ir donde el curita colombiano a que le den posada en un albergue. Es por Sant Martí. Ya le doy la dirección.

10:30 Bueno, un albergue. Peor es nada. Si me tocó, pues me tocó. Pensé que hasta de pronto esta vieja me ayudaba diciéndome: «Bueno, quédese en la sala de mi casa hasta el 15». Pero se ve que no. Esta vez me toco la dura. Cuando salí de mi casa no pensé vivir esta vaina. Y bien lejos. Jueputa vida, marica. No sé cómo, pero me tocó. Recuerdo cuando estaba leyendo ese estudio de los Marranos. Así llamaban antiguamente a los judíos conversos al catolicismo. Decía un antropólogo que esa era la base de pensamiento colectivo de los colombianos. ¿Y por qué? Voy al SSIM. A ver si el negro este me ayuda. De la calle Nicaragua a Diagonal con Paseo de Gracia, un trechito, media hora tirando infantería.

10:45 ¿Cómo es que se llama la tal iglesia? Nuestra Señora de Pompeya. Creo. Y eso que estudié con franciscanos. Bueno, estos son de los menores, dicen. Vamos a ver

si este loco me ayuda. Edier es un caleño, y creo que, como yo, le ha tocado comer mierda. Lo de los Marranos me llamó la atención. Caminando, uno piensa tanta *güevonada*, que es mejor pensar en estas cosas, que hasta razón pueden tener.

11:00 Voy, qué fresco hace y no traje la chaqueta. Bueno, eso de lo de los Marranos debe tener su vaina cierta. Decían que se convertían al cristianismo católico, pero en secreto seguían sus costumbres y anterior creencia. ¿Y a qué viene todo esto? Recuerdo que el *man*, el antropólogo colombiano, decía que muchos de los descendientes de estos marranos llegaron a la Nueva Granada, como comerciantes. Una de las cosas que decían era que tenían que mantener su «imagen de gente bien» o nuevos burgueses, católicos de misa los domingos a las 7 de la mañana y todo, pero que en su casa era lo contrario. En pocas palabras, mantener las apariencias. Las apariencias. Como decía el filósofo de la colonización antioqueña Abigail Lozano, «comer mierda y eructar pollo».

11:30 Sí, puede ser cierta esta vaina. A los colombianos nos encanta «mantener las apariencias». Putas apariencias de mierda. Estando mal y jodidos, pero la pinta de diciembre el 24 y el 31 no se puede dejar. Conseguir una casa a plazos, hipotecarse hasta el último pelo del culo y tener que fiar en la plaza de mercado para poder comer, pero, eso sí, ir bien *pintá* a la oficina. No ve que él es el doctor. Como si uno comiera títulos y cagara filosofía. Creo que uno de los más profundos pensamientos de una de estas personas que alguna vez conocí decía: «Es que, literal y textualmente, todo lo que uno come, se vuelve mierda. No se puede reciclar ni un poquito». Gente plástica, decía Rubén Blades.

12:00 Jodido. No he comido nada desde el cafecito del desayuno. Y casi me lo tira la Janet, qué vaina. A ver si este señor me recibe.

—Buenos días, por favor, ¿Edier?

—Sí, ¿tiene cita?

—No, señorita, la verdad, no.

—Deme un momento. ¿Su nombre es...?

—Rodrigo, Rodrigo Ortiz.

—Bien, un momento, Rodrigo.

—Gracias.

12:15 Rodrigo, que puedes subir.

—Gracias, señorita.

A ver qué pasa con este loco. Sin nada que esconder, sin mantener las hijueputas apariencias. Estoy en la inmunda. Pero de esta me paro.

—Buenos días, Edier.

—Buenos días, hermano. ¿Cómo va?

—Pues no te lo voy a negar, que ando en la inmunda.

—¿Y qué pasó? Tú eres un tipo trabajador.

—Pues, mira, no me renovaron el permiso. O sea, 18 meses sin documentos hasta que pueda presentar arraigo.

—No jodas. ¿Y qué paso? ¿Habías puesto abogado?

—Sí, Edier, pero la señora presentó el recurso dos días después, y aun así, teniendo contrato a término indefinido, no lo aceptaron por extemporáneo.

Pues denuncia a la abogada y que se vaya a recurso administrativo.

—Claro Edier, pero son 4 o 5 años. El arraigo social solo 18 meses. Ya me tocó hacerme la vida así, tragarme ese sapo. Nada más que hacer.

—Que te devuelva la plata, al menos. ¿No?

—En eso ando. La abogada aún no me da la cara. Me perdonas, pero necesito pedirte una ayuda.

—Contáme, hombre, a ver qué podemos hacer.

—Edier, no tengo dónde quedarme, hermano. Tengo solo 200 euros y me los entregan hasta pasado mañana. Lograré pagar la tarjeta de metro en unos días y poco más. Necesito tener un sitio donde quedarme al menos 15 días mientras voy solucionando.

—Bueno, Rodrigo, vente aquí abajo un momento. Trajiste esa mochila, ¿no?

—Sí, sí señor.

Bueno.

12:45 A ver, hermano. Mire, le acomodo este mercadito, arro-
cito, estas laticas de frijol, que van muy bien. Harina
de trigo. Mire esta carnicita. No me lo va a creer, pero
usted prueba esto y es como su fuera lechona, hermano.
Lo tenía guardadito. Espaguetis, macarrones, azúcar.
Hay va echando. Mire, un chocolate instantáneo, galle-
ticas, al menos para que se desvare

—Uy, gracias, Edier. Gracias.

—Bueno. Lo de la quedada, te pasas mañana. Hay un
sitio, pero tengo que ir a ver como esta y esas cosas.

13:30 Bueno, ya levanté para comer. Ahora toca ver cómo
hago para salir. Ojalá y Edier me ayude con la habita-
ción. Perdí el contacto con la familia de ecuatorianos
que hace un año me alquilaron la habitación barata. Me
ayudaron hasta con la comida. Ahora, que cuando salí
a trabajar a Huesca, les dejé todo limpio, pintado y les
envié al santandereano. Ojalá y se haya portado un po-
quito bien, porque bien borracho que sí es ese marica y,
sobre todo, altanero y ordinario. Lo sacaron del trabajo
del Fórum por haberle echado un extinguidor comple-
to al rolo, dizque de cumpleaños. Perdió el trabajo y le
descontaron hasta el alma por la descarga del extintor.
La gente, a veces, no se sabe comportar y aquí todos
somos del mismo saco. No es así, pero cuando pasa
algo, es «ah, que los colombianos son tal», «ah, que los
ecuatorianos son tal» y así con todas las nacionalidades.
Generalizar es muy fácil. No todos los santandereanos
son de mal genio o borrachos. Aunque una amiga me
dijo: «Pues a mí me tocaron todos los malgeniados y
borrachos entonces, hermano *pescao*».

14:00 Llegar a ver qué pasa. Cómo trabaja la Janet, creo que
alcanzo a hacer un arroz y como con esta fabada gallega
de lata. El resto lo guardo en un Tupper para la noche y
no molestar en la cocina.

14:30 Bueno, un arroz en 25 minutos y cagando leches, como
dicen aquí. Guardar el mercadito para que me deje algo,

que si no, se lo coge todo, esa Janet es más abusiva que cualquiera.

15:00 Ya. Arroz a lo colombiche. Sequito y con pegada. Menos mal, la olla es mía, que si no, ja, ja, ja, ja, ja, ja, la loca se alborota. Bueno, a meterle algo al estómago y salir a ver qué hago.

16:00 Bueno, salgo antes de que llegue la loca a gritar. Vamos a la federación esta, a ver qué sale. Después de esto, uno ya no sabe ni a dónde ir, ni qué hacer. La soledad es lo más berraco a lo que me enfrento. No poder hablar con nadie. No contar con el apoyo de nadie. Aunque, a decir verdad, nunca he tenido mucho apoyo de mi familia. Eso es lo que más fuerte me ha hecho. Por eso, no me corto ante el problema. Bueno, no más. Salgo, salgo, salgo de esta, y es pero con toda.

16:30 A ver a dónde voy. Lucía ya salió del trabajo. La llamo del locutorio de Guinaldo, a ver si me invita un café. Pero me bajo a pie. Me tiro 45 minutos. Y sigo con lo de los marranos. Según entiendo, escondían sus creencias para no ser rechazados. Guardar la apariencia de buen cristiano. Y según el arqueólogo, o mejor el antropólogo, que son diferentes, es que los colombianos tenemos algo de los marranos. Yo no. La verdad, han sido siempre tiempos de necesidades y luchas y me ha tocado siempre agachar la cabeza. Trabajar con un salario mínimo, pagar mi vivienda y hasta la universidad. Aguantar física hambre y tener que caminar siempre media hora todos los días, de lunes a viernes, para poder estudiar. Así que esto no me amilana. Esto me fortalece.

17:00 —Hola, Lucía, ¿estas en casa?

—Sí, Rodri, vente y comes algo.

—Listo, en 15 minutos llego a tu piso.

17:15 Hola, Lucía.

—Kiubo, deja esa cara. Ven, ¿ya comiste?

—Sí, cociné en la casa.

- Ahh bueno. No todo es malo. ¿Recuerdas la historia del colegio hace años? Todo pasa. ¿Qué te han dicho?
- Bueno, mercado tengo para unos días.
- ¿Y hospedaje? Yo es que, con lo de las chicas, sabes que no puedo dejarte aquí.
- Lo sé. Ya estoy solucionando.
- Bueno. Ánimo, que todo pasa. Ya encontraremos una salida.
- 17:30 Sip. Seguro. Fui a la ONG esta de los franciscanos. Me dieron mercado y mañana tengo que pasar para ver si me dan habitación por unos días. Ya no hallo la hora de conseguir algo.
- 18:00 Suena el teléfono:
- ¿Aló?
- Hola, Rodrigo, soy Edier.
- Hola, Edier. ¿Cómo esta?
- Bien, hermano. Le comento: hay una habitación, por 15 días. No puedo colaborarle más. Es en la calle Independencia 175, 5.º piso. Vaya a dormir, si quiere, desde hoy.
- Uy, Edier, gracias. Ya tengo todo empacado y seguro hoy mismo me voy.
- Allá lo está esperando Wilfredo. Es un estudiante.
- Gracias. Termino de hacer unas gestiones y tiro para allá.
- 18:15 ¿Qué te paso?
- Ay, Lucía, al menos ya tengo para 15 días. Me salgo del piso de la loca esta.
- ¿Y tienes para la mudanza?
- Tengo aquí 20 euros.
- Te doy 20 más y después me los pagas. Saca tus cosas y trata de descansar. Todo pasa.
- 18:30 Bueno, juemadre, ya solucioné algo. 15 días ya son una ayudita.
- 19:00 Ya. Voy mirando. Tengo 40 euracos. Creo que me alcanza para un taxi. Voy a llamar al chico del piso.
- ¿Aló?

- Buenas tardes, soy Rodrigo, el conocido de Edier.
- Ahh, sí, un colombiano. Que ya se puede venir aquí, me dijo el hombre.
- Sip. Creo que llegaré un poco tarde, tengo que ir a recoger mis cosas.
- No se preocupe. Yo llegaré sobre las 10:00 o así. Cuando llegue me avisa. No hay ascensor. ¿Bueno?
- No pasa nada. Hago el trasteo en dos viajes. Hoy llevo dos maletas y mañana el resto, libros y esas cosas.
- Ok, Rodrigo, a las 10:00 nos vemos.
- 19:30 Bueno. Alcanzo a comer algo. Un kebab y Coca-Cola, 5 euros. No sé qué vaya a pasar esta noche. Tengo que salir. Ya tengo todo empacado. Ayúdame, Señor. Sí, ahora ateos y creyentes te llaman. Estando en las últimas, todo colombiano dice: ¡Dios mío!
- 20:15 Bueno, ya al menos no aguanto hambre. Esperar a ver qué pasa en esa casa. Janet, alias la Loca. La verdad, que lo echen a uno de una casa, pues si uno fuera malo, no sería lo raro. Pero limpiar, fregar, sacarle los perros a la calle, recogerle el hijo, mantener limpio todo. No le he faltado al respeto. Por donde lo vea, la gente saca lo peor estando en el exterior. Mi gran reto personal es no dejarme llevar por esto. Voy a salir. Voy a salir muy bien.
- 20:45 Bueno. A timbrar.
- ¿Sí?
- Buenas noches, Janet. Vengo a por mis cosas. Están empacadas y ya salgo hoy.
- Pues ni mierda. De aquí no saca nada, malparido.
- Janet, no le he hecho nada. Saco mis cosas y me voy. Ya está.
- Ya le dije que no, hijueputa. Jódase. Mañana saca sus cosas del rellano. Bueno.
- 21:00 Alocución 112: Está usted comunicado con la central de emergencias de la Generalitat de Catalunya. Esta llamada será grabada.
- Hola, *bona nit*. *En què el poden ajudar*.

—Buenas noches. Mi nombre es Rodrigo Ortiz. Mire, quiero sacar mis pertenencias de un piso. La dueña, que está dentro, que me ha pedido que me marche, ahora no quiere dejarme sacarlas. Me ha dicho que mañana pase por ellas al rellano. ¿Podrían enviar, por favor, una patrulla para que me permita sacar mis cosas?

—Un momento.

Llamar a la policía. Es increíble que entre colombianos nos tratemos de esta forma. Pero, bueno, al final, es lo que somos, ¿no?

—Indíquenos la dirección donde se encuentra.

—Paseo del Vall de Hebron, 65.

—Muy bien. En 20 minutos están allí.

21:30 Por el citófono se escucha la voz de Janet.

—José Ángel, baje por sus cosas.

—No, lo siento, tengo que esperar. Ya llamé a los mosos d'esquadra. Es lo mejor.

—No, Rodrigo, ¿pero por qué me hace esto?

—¿Sabe por qué? Porque le pagué tres meses por adelantado. Usted, contenta y feliz, se fue de vacaciones, que me parece bien, haga usted con su dinero lo que le plazca. Pero por tres días de retardo, no puede usted venir a humillarme y sacarme peor que un perro. Sí, no me la dejó más montar de usted. Respete, que yo la he respetado. Abusiva y tóxica. Si su marido se deja tratar como una mierda, pues yo no. He sido decente y respetuoso con usted. Ya se me acabo la decencia, y para evitar líos, que venga la policía.

21:45 —Buenas noches, ¿eres Rodrigo Ortiz?

—Sí, agente, soy yo. Llamé porque no me quieren dejar sacar mis pertenencias.

—Bueno, ¿cuál es el piso? Bajo B, Segunda.

—Buenas noches. ¿La señora Janet? ¿Puede usted abrir la puerta? Somos mosos d'esquadra.

22:00 —¿Janet?

—Sí, soy yo.

—Mire, esta es la cuarta vez que usted sale este semestre con nosotros. Siempre un escándalo y problemas con su marido. Siempre generando violencia. Hacía ya días que no pasaba nada. Pero has vuelto a las andadas, ¿no?

—No, mire, este muchacho está sin papeles.

—Ven, déjame ver los tuyos. Ahí, nacionalizada.

—Sí, Y mira los de él, ¿ves?, están vencidos.

—Mire, Janet, esto no es una redada de migración y no estoy para retener el señor aquí presente. Usted le rentó una habitación, ¿es correcto?

—Sí.

—Este señor le dio la suma de 750 euros hace tres meses como pago por adelantado, ¿es correcto?

—Sí, es correcto.

—Bueno, pues hasta ahora es día 3. Usted debe saber que hasta en los bancos hay plazo de pago hasta el día 5. Usted no puede ni generar problemas, ni echar a una persona de su piso en estas condiciones, ¿lo sabía?

—No, no lo sabía.

—Me parece muy extraño, porque ya usted nacionalizada debe saber las normativas de alquiler. Este señor tiene unas pertenencias, ¿cierto?

—Sí, es cierto.

—Y estas pertenencias están en su piso, de su propiedad o a su cargo de alquiler, ¿es cierto?

—Sí, es cierto.

—Pues mire, mientras esa situación esté así, usted es la responsable por ser la titular. Si le saca las cosas al rellano y se le pierden, es su responsabilidad. ¿Le queda claro? Y bueno. A ver, usted, ¿qué se va a llevar, Rodrigo?

—Mire, agente, yo puedo llevar lo que me quepa en un taxi, mi ropa, mi ordenador, y ya mañana sacaré el mercado y esas cosas.

—¿Qué le parece, Janet? ¿Está usted de acuerdo? Tenga en cuenta que él se va por voluntad propia. Y no es para hacerle mala vida, como se ve que le ha venido haciendo.

—Sí, sí, que se lleve sus cosas. Mañana antes de las 2 de la tarde.

—Rodrigo, ¿puede hacerlo mañana a esa hora?

—Sí, sí, señor agente, sin problema.

—Y una última cosa, Janet: no pensé que entre ustedes, que son paisanos, se tiraran tan duro. Pero haber sido capaz de decir que este chico tiene el NIE vencido es la tapa. Has caído muy bajo. Ya sabes, a partir de hoy menos problemas, que tienes un desahucio pendiente.

RECUERDOS

Recordar es fácil para el que tiene memoria. Olvidarse es difícil para quien tiene corazón

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Los migrantes somos seres llenos de recuerdos. Lo dejas todo Ly te arrancas de cuajo, dejando todo cuanto ha sido tu vida hasta ese momento. Dejas tus amigos, dejas tu pueblo, dejas tus raíces. Cuando uno toma esa decisión tan dura, tan terrible como es alejarse de su tierra a una nueva, lo único que se lleva en su mochila existencial son los recuerdos y los saberes.

En cuestiones de música, antes era uno o dos discos. Los que podían. Después, pasar a *compact disk* toda esa música que a usted le gusta. Después, los compilados de MP3, que eran como 200 canciones de una. Y ya, ahora último de pago, Spotify o lo que haya a la mano.

En la mochila de los saberes, esas cosas que uno aprendió y en algún momento le sirvieron para ganarse unos euros, en la época de las vacas flacas, en los momentos más duros de escasez y soledad. ¿Quién no ha pasado por picar cosas en una cocina, de tratar de ser un camarero o de ayudar en alguna obra para tener esos duros, que se hacen una fortuna cuando no tienes nada en el bolsillo? ¿Quién no ha limpiado casas, culos, coches para poder enviar una remesa a su familia?

Y uno sigue lleno de recuerdos. Cuando alguien se puede pegar una pasadita por estos lados, vuelven esos recuerdos de épocas inolvidables. Aún recuerdo tu cara frente a la parada de la buseta. Rumbo a la aventura de ese fin de semana. Todavía recuerdo entre sombras los caminos de tierra recorridos. Hoy recorro unos que trato de hacer míos y que otros no quieren compartir conmigo.

Recuerdo las vueltas y revueltas de buseta al mediodía para llegar a la casa a almorzar. Recuerdo el menú diario de la casa, que, aunque era paterna, se hacía todo lo posible por no parecerlo. Cuchuco, arroz y fritas el lunes. Martes de sopa de rullas, carne frita, arroz y papa. Miércoles de habichuelas en leche, arroz y fritas. Jueves de sopa de arroz y patacón. El viernes era lo único por lo que valía la pena correr a la semana. Frijoles con

pezuña de cerdo, arroz y tajadas fritas. Eso era lo que salvaba la semana. El viernes.

El fin de semana, volado o como fuera, era para la aventura. Vernos a todos allí reunidos. Como la canción de 10.º grado, amigos en los buenos y en los malos ratos, amigos de los caros y de los baratos. Son de igual manera nuestros recuerdos.

Estamos llenos de recuerdos. El colegio y el bachillerato, que es más cruel que un reformatorio. Los tenis de marca y la niña bonita que saludaba con ganas de achantarle un beso. Estamos plagados de recuerdos. Recuerdos de rostros. Recuerdos de sitios. Recuerdos de situaciones. Cuando uno se encuentra con alguien, toca echar mano de los recuerdos. ¿Recuerdas la última vez que nos vimos?

Sí. Estamos plagados de recuerdos que en muchas oportunidades no nos permiten ver que la vida sigue. Aquí y allá. La vida sigue más rápido para unos y más lento para otros, pero sigue. A veces, recuerdo las fachadas de los pueblos por donde pasaba. Hoy, hasta con el Google Maps veo que todo ha cambiado, que no quedan en muchos sitios más que recuerdos y seguir recordando que la vida sigue.

Duros momentos con la separación de nuestro entorno, cuando rompemos con el apego, ese instinto básico y primario que nos hace sentir parte de un algo, en un todo. La desesperanza y el pensamiento de fracaso de este viaje y de nuestro futuro. La ausencia de oportunidades. La lucha diaria por sobrevivir en un entorno que no es el tuyo. La comida, la dormida y tus necesidades básicas insatisfechas que al principio te hacen tan vulnerable. Ulises es nuestro síndrome, esas dificultades de un viaje que se vuelve al final de retorno a lo que algún día dejamos. Y lo único que nos queda para sobrevivir y darnos fortaleza en la dificultad, sí, son los recuerdos.

Todos hemos pasado de alguna manera por estos momentos y lo único que nos mantiene vivos son los recuerdos, porque, a veces, en este país, hasta la esperanza nos la quitan nuestros mismos compatriotas. Paisanos que creen que humillando, hundiéndonos moralmente en los trabajos, en las habitaciones y hasta en los sofás de alquiler, hablando mal y denigrándonos

en nuestros momentos de debilidad, logran mucho para su ego vanagloriado. Pero seguimos adelante, con más fortaleza y así nos paguen mal, seguiremos dando la mano, ayudando sin esperar nada a cambio, solo sabiendo que la buena voluntad, el simple hecho de ser humano es lo que realmente vale.

Son esos recuerdos los que nos dan la fuerza para seguir adelante.

Hoy que te devuelves a la que sigue siendo tu tierra y que ya no es la mía, que vuelves con los tuyos a seguir tu vida, y que regresas con millones de ilusiones, no me queda más que dejar estos días de viaje que tuvimos juntos en el mejor de los rincones, en lo mejor de mis recuerdos.

Guardo en mi retina la última imagen de tu figura pasando el control de acceso, en medio de ese mar de gente que viaja de regreso, o de inicio. La guardo en el mismo lugar donde guardé estos días de viaje que pasamos juntos; en el mejor de mis recuerdos, porque hoy, la gran variable, la inconsistencia de mi ser y la única certeza que me acompaña, es la que más me duele, y es saber que no sé cuándo te voy a volver a ver.

LA TRISTE REALIDAD

A los demonios no hay que creerles ni
cuando dicen la verdad.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ.

—**K**iubo, hermano, ¿qué tal? ¿Nos pillamos una cervecita y nos ponemos al día?

—Listo, allí hay una cafetería donde atiende una monita colombiana lo más de churris, de Bucaramanga la pinga.

—¿Ya vio lo de ese grupo de Face?

—Conté siete anuncios esta semana. Qué hay que hacer. Quién me puede ayudar. Pero hay uno en el grupo de los costeños que es el más jodido. Imagínate que dice: «Quien me *alluda* con el *pasage*, *Ospedaje*, y un trabajo para irme a España». Literal. Con faltas de ortografía y todo.

—La verdad es que todo el mundo quiere salir de Colombia ya. ¿Se acuerda de Sergio?

—Sí, del colegio, ¿no?

—La mujer lo dejó. El hombre, por sacar las cosas adelante, se metió en una cantidad de deudas, pero la más verraca es con un exmilitar. Se ve que el tipo era corrupto, salió del ejército con una cantidad de billetes y hace de prestamista. Pero así como presta, así mismo cobra, y lo está buscando para cobrarle.

—Terrible, hermano.

—Sí, ya me llamó a decirme que le ayudara. Pero con 58 años, ¿a qué se viene?

—Oiga, me recuerda un caso de Chile.

—¿Cuál?

—Hubo en redes sociales un borolo terrible. El señor era como de Villavicencio, vivía allá. Ya con 62 años cogió con un hijo y un hermano menor a Chile en bus. Imagínese usted, de Villao a Bogotá ya son cuatro horas y en verano, porque en invierno, la vía al llano se colapsa. Es de cada año. Luego, de Bogotá a Chile son casi 89 horas en bus, hermano. Con esas sillas y usted ahí, todo incómodo. Así se están saliendo miles de colombianos y venezolanos.

—Claro, y los venezolanos a pie, *güebón*.

—Sí, pero esa es otra historia. Le cuento lo que pasaron estos colombianos. Una familia humilde. Se ve que el señor ya llevaba como tres o cuatro años sin trabajo. Hacía unas cositas por allí, otras por acá, de albañil. Al final, alguno les dijo que en Chile estaba bueno. Llamó a un familiar de Buenaventura que ya estaba allá. Él les dijo que los recibía en Antofagasta. Esto es en el centro de Chile, en la costa pacífica. Pues armaron viaje. De Villavicencio a Bogotá. De Bogotá a Cali, y de ahí, a Chile. Resumiendo, ellos intentaron entrar por Perú. Pero la policía no los dejó entrar a Chile. Se cambiaron los planes, y ya sin mucho dinero, se fueron para Oruro.

—Vaya varapalo, casi darle la vuelta a la frontera norte de Chile.

—Pues ni más ni menos.

—¿Y qué paso?

—Pues, hermano, el señor pasó por Oruro y en la frontera no lo dejaron pasar. Ahí le vino la desesperación al señor y de vuelta en Oruro, le dio un infarto. Lo dejó muerto casi que inmediatamente. Hasta donde supe y escarbé en internet, el señor dejó una esposa con movilidad reducida, en silla de ruedas.

—Me imagino que, entre pasajes y comida, ya se les había acabado todo el dinero que llevaban. ¿Sabe cómo se llamaba el señor?

—Sí, seguro. Creo que se llamaba Alfonso Playonero, recuerdo el nombre. Eso dio para noticias por los periódicos nacionales y más en los regionales. Aquí, en Barcelona, hubo un *man* que hizo de todo con un tipo de Chile. Como que a punta de Twiter atacaron a todo el Gobierno, del presidente hasta la cancillería, a todo el mundo, a todo cristo. El de Chile, le dicen el Pelón, de apellido Castaño, que hace política como migrante colombiano en Chile, se habla mucho del hombre.

—¿Y qué paso con el señor después del infarto?

—Pues eso, mi hermano, es lo más terrible y es donde se ve que usted, a pesar de todo, no está solo. Uno no sabe si es para bien o para mal. Pues el señor falleció. En Oruro, su hijo y su hermano desesperados porque no sabían qué hacer, sin un solo peso, no, terrible. Un periodista boliviano fue el que movilizó a todo el mundo, les colaboró con un hospedaje y hasta recolecta

les hicieron para comer. Además, se contactó con el Pelón, el que hace política en Chile. Este *man* contactó con el resto de gente en el mundo y presionaron como veinte días para que se hiciera algo desde la cancillería. Pues, al final, la cancillería, después de saltar matones, que por qué no se reunían no sé quién con sí sé más, que una cosa, que como tres o cuatro reuniones más de un fondo, y después de toda la presión en medios, dijeron que sí, que repatriaban el cadáver.

—Ahhh, bueno, ¿pero le ayudaron a la familia?

—Pues, *brother*, aquí viene lo triste y lo jodido.

—Qué, pero le ayudaron, ¿no?

—Yo no sé, no creo. Se supone que el Estado debe colaborar a las personas que están jodidas, ¿no? El *man* de aquí dice que son personas en riesgo de exclusión social, que no tienen nada donde apoyarse, gente humilde.

—Pues sí. Al fin y al cabo, por eso es que uno sale, ¿no?

—Pues el mismo *man* de aquí, de Barcelona, que anda siempre en la juega con eso de la cancillería y que el senado y toda esa mierda, me contó que hacía dos meses antes, un coronel de la policía que estaba de vacaciones en Egipto con su familia, quedo allá con un hijo en un tiroteo. Eso allá está que arde y es un destino de alto riesgo. Pues a este oficial, apenas falleció, bueno, a decir verdad, lo mataron, junto con su hijo, el presidente dio orden de repatriarlo de inmediato. Ahí si no hubo que una reunión, que este debe aprobar, que este también, no. Eso fue de una. El presidente dio la orden y en 72 horas estaban los cuerpos del oficial y su hijo en Bogotá. Como era amigo, a ese sí lo tratan bien.

—Lo típico, la ley para los de ruana.

—Entonces, a pesar de que quieran tapanlo, esas vainas se saben. Y si es gente con contactos, a ellos si los atienden de una. A un gato como uno, qué bolas le van a parar.

—Pues sí. ¿No?

—Pues le termino el rollo, hermano *pescao*. El servicio de funerarias que los atendió en Bolivia, según me cuenta este loco de Barcelona, cometió el error más jodido dentro de ese negocio.

—¿Como así, *güebón*?

—Sip. Al señor Playonero, a su cuerpo, lo envolvieron en cobijas y lo dejaron en un planchón de concreto. No le hicieron esa vaina que le hacen a los fallecidos para mantenerlos.

—Pero hay refrigeradores para eso, para conservar cuerpos. Eso pasó con una pinta de Ibagué en Madrid. La embajada colocó un *post* en Facebook a ver si conocían al fallecido. Ya llevaba ocho meses y nadie pasaba a buscarlo.

—Sí, pero a este lo dejaron a la intemperie. Al de Madrid, pues estaba en Madrid. Yo creo que el de la funeraria se olió que no tenían plata y por eso no los atendió como debía. Por más alto que esté Oruro, y por más frío que esté, el cuerpo se empezó a descomponer. Hasta donde sé, también hay que hacerles un tratamiento tanatológico, me explicaba el loco de aquí. Me cuenta el loco de Barcelona que, cuando el 16 de marzo, la cancillería autoriza la repatriación, es cuando se dan cuenta de lo que pasó.

—No me joda, marica.

—El señor de la funeraria se dio cuenta del estado de descomposición del cuerpo, le tocó por obligación cremarlo sin autorización de los familiares.

—¿Qué, qué? Eso es muy jodido, lo hubieran podido mandar.

—Sí, hermano, pero si se dan cuenta las autoridades sanitarias de Bolivia que ese señor dejó el cadáver a la intemperie y sin esa vaina que les hacen, le quitan la licencia al de la funeraria, le acaban el negocio. Y él lo sabía. ¿Qué hizo? Cumplir y después hablar con los familiares.

—No me joda.

—Al final y para evitar líos, les comentó a los familiares, al hermano y al hijo, la situación. Les dio algún dinero y, en fin, con eso se devolvieron a Colombia. Porque, la verdad sea dicha, sin plata ya estaban.

—Uf, hermano, así nos hemos visto todos algún día. Sin un duro para nada.

—Al final, en nada quedó todo lo del Gobierno. A los restos convertidos en cenizas los llevaron sus familiares. Se notó la falta de corazón del Estado colombiano con una persona humilde, que por falta de oportunidades le tocó salir a buscarse la vida.

LOS DEVOLVIERON

La vida no es la que uno vivió, sino la
que uno recuerda para contarla.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Tarde en Madrid. Trabajo cerca de la estación de Atocha.
Suena el teléfono móvil.

—Buenos días, por favor, ¿el señor Felipe?

—Sí, buenos días, soy yo.

—Buenos días. Mire, sabrá usted disculparme, usted no me conoce, pero me dijeron en varios grupos que usted era la persona que me podría ayudar.

—Bueno, cuénteme a ver si puedo ayudarle.

—Mire, lo llamo desde Mallorca. Hay una muchacha de 27 años con su hijo de 4 años retenida en el aeropuerto de Barajas. Ella venía por turismo, pero la retuvieron en la entrada.

—¿Y por qué la retuvieron?

—Ella viene con un niño de 4 años. Y la pararon inmediatamente al salir del avión. Está en un sitio apartado donde dejan a las personas en unos cubículos, antes de devolverlos, de expulsarlos.

—Sí, pero la pregunta es: ¿Por qué razones la detuvieron?

—Creo que le vieron las ganas de quedarse.

—Y, ¿venía a quedarse?

—No lo sé a ciencia cierta. Lo que sé es que está un poco nerviosa, y la comida no la está recibiendo el niño. Pidió asilo, a ver si podía quedarse. Está todo ya en manos de un abogado de oficio y del juez.

—Bueno, ¿y en qué le puedo colaborar?

—Me dijeron que usted podría llevarle un mercadito. Ella va a estar allí con su hijo. Ha pedido asilo, a ver si le dejan. Si es posible verla o hablar con ella.

—Sí, no hay problema, yo le llevo lo que a bien sea, siempre y cuando lo compre yo en un almacén. ¿Dónde dice que la tienen?

—Está con la Guardia Civil encargada de fronteras.

—Muy bien. Yo paso por ahí mañana en la mañana. Trataré de hablar con el consulado. A ver si pueden colaborar. Envíeme por WhatsApp la lista y yo se la llevo.

Medito en los silencios. Cada vez que recuerdo la visita al CIE (Centro de Internamiento para Emigrantes) de Aluche, al CIE de Barcelona y los cinco más regados por toda España y las historias negras de lo que allí sucede. Suicidios, maltrato, mala alimentación, las instalaciones acabadas, no hay médicos. Solo espero que a esta chica no la lleven allí.

A muchos inmigrantes los detienen por su condición de origen, por su fenotipo, por no tener papel. Lo que se sufre en estos centros es indescriptible. He escuchado de las pésimas condiciones de salud, de resguardo. Es peor que un campo de concentración.

Llamo al consulado y con la sorpresa que no contestan llamadas de este código postal. Y así es todo. Para qué carajos dan un teléfono si no está apto para recibir llamadas.

Busco en mis contactos y al fin uno me contesta.

—Felipe, te doy el número, pero no digas que yo te lo di. Esa abogada que atiende en el consulado es muy tocada, muy delicada.

—Bueno, la verdad, es para consultar si puede ayudar a la chica o no. Pero no espero nada diferente, como siempre, llamarán por ahí a las 23:00 y preguntarán. Porque es que tenía no sé cuántas reuniones, que la cónsul estaba ocupada, que deje el recado y vemos a ver. Es lo típico.

—Ya le pongo el *whatsapp*.

WhatsApp.

«Buenas tardes, soy Felipe, el voluntario. Tengo el caso de una chica colombiana retenida en Barajas. ¿Habrá posibilidad de ayudarla? Tiene ya cita con el juez para un asilo político».

«Buenos días. ¿Quién le dio mi número?».

«Lo tuve hace varios días, usted misma me lo dio».

«No lo recuerdo».

«Bueno, mire mi foto y me reconocerá».

«Más o menos, tanta gente que uno ve al día ».

«Sí, claro, me imagino. ¿Podrían en el consulado ayudarle a esta chica?».

«Fernando, ella pasará a un juez. Él decidirá si la reciben o no. Nosotros no podemos hacer nada por el momento».

«¿Ni asistencia? Tiene un abogado de oficio».

«No. Además, usted sabe, tengo todo el día ocupado. Quedamos atentos y miro si tengo un hueco para ir al aeropuerto a ver qué pasa».

«Gracias. Pensé que se podría hacer algo».

Bueno, esta es nuestra historia. Como colombianos en el exterior tenemos el impuesto más alto de la historia, el impuesto de Timbre. Un impuesto que grava a los procesos documentales, por ejemplo, supervivencias, declaraciones, pasaporte, fe de vida, etc. Este impuesto equivale al 45 % del valor del acto documental, es decir, si una fe de vida en una notaría en Bogotá cuesta 9000 pesos, aquí, en el exterior, cuesta 13 500. Pase esto a euros. El pasaporte que en Colombia vale 170 000 pesos, aquí, en Madrid, cuesta 109 euros. Haga el cambio mentalmente. Sí, sí, señor y señora, a 3400 el euro, son 363 800 pesos, hágame el bendito favor. Con la anuencia siguiente: el pasaporte es el único documento válido para identificarse en el exterior y es obligatorio que lo expida cada país. Si usted tiene una familia de 4 personas, ni se le ocurra dar por perdidos esos pasaportes. Un ojo de la cara y mínimo 450 o 500 euros aliste para hacer las *vuelatas*.

Y no hay asistencia legal para nadie. Ahí van y *asesoran*, pero solo es postureo. Ya me imagino a esta señora, que si le escribo, me dejará en visto y seguro me llamara a las 11 de la noche a preguntar. Parece que les dieran un libro a todos esos lagartos y lo hicieran igual uno tras otro, no me joda. Ya me está saliendo el indignado.

Familias enteras separadas por estar irregularmente en un país. Hace un tiempo hubo un motín en Aluche. Las condiciones de salubridad, de hacinamiento eran indescriptibles. Generalmente, esperan a tener unos cupos por países, para así comprar pasajes y devolver a sus respectivos países a migrantes en situación irregular.

WhatsApp.

«Hola. Ya tengo la lista».

«Ok. Pásamela. Tengo turno de tarde, así que podré pasar en la mañana a llevarle las cositas. Me queda de camino al trabajo».

«Listo. Gracias por su ayuda. Ah, un cargador para Samsung».

«Creo que por ahí tengo uno».

«Gracias, es que no tiene uno de 220 v».

«Por nada».

Al otro día.

Sigo pensando en esa chica y su hijo. ¿Será que le dan el asilo? Todo pasa ahora por un juez, que revisa si en verdad puede otorgarlo o no. Todo es esperar. Ya lleva dos días en el aeropuerto. La lista incluye computas, frutas, algo de pan, embutidos. Vamos a ver qué dejan pasar.

Me voy a un reconocido supermercado y hago la pequeña compra. Ahora, en el coche a Barajas. A ver si dejan pasar estas cositas.

En este sitio confluyen todos. Policía Nacional, Guardia Civil, en fin, las peticiones, quejas y reclamos de Barajas son un infinito mundo. Desde los guardas de seguridad, que denuncian a los que reparten tarjetas para hacer reclamaciones por vuelos retardados, los que denuncian el robo de equipaje, el robo de documentos, billeteras, en fin. Una marea de eventos. Allí estoy yo, esperando que salga la encargada de los deportados.

Pasados 45 minutos, llega una mujer joven, con acento madrileño, un poco dura al trato, muy seria.

—Hola, buenos días, soy la abogada encargada. Me dicen que tiene un mercado para la chica colombiana.

—Hola, muy buenas. Sí. Soy Felipe y hago trabajo social voluntario.

—Una pregunta. ¿Quién le contactó?

—Una chica de Mallorca. Sabe del caso y está pendiente.

—¿Pero es usted familiar o algo de la chica?

—No, absolutamente. Solamente vengo a entregarle algo para ella. Y saber si se puede hablar con ella.

—No, de verla, nada. Está en proceso, ya que ha solicitado asilo político. Se está evaluando por parte de un juez si aplica o definitivamente no se le otorga la entrada al país.

—Bueno, entonces sería entregarle esto, por favor.

—Muy bien, revisemos. De los frascos de compota no, nada, el chico ya tiene, pero no se los está comiendo. La fruta sí, fresas, manzanas, peras. El pan dietético no hay problema. El atún, no. Los embutidos y la bebida sí.

—Muy bien. Gracias.

—Por nada.

Salgo con un sentimiento de impotencia. Son los sueños, la inversión de una chica por darle un mejor futuro a su hijo, a su familia, en un país que ha luchado por la educación pública, gratuita y de calidad. Donde han luchado por las 40 horas, el derecho al paro, una jubilación digna, una salud pública universal y gratuita. Aquí se ha luchado por los derechos, en Colombia son pocos los que luchan, y los terminan asesinando.

Sigo pensando mientras voy camino al *parking*. Colombia hoy hace parte de esos países que expulsan a sus ciudadanos. Salarios de hambre y de miseria. Un gobierno que niega las crisis y sus violencias que expulsan a miles de sus hijos a una aventura de irregulares en países como España, Ecuador, Chile, México, Canadá. Lo peor de todo es que no les importa. Mientras ellos viven en su *país de las maravillas*, con sus altos salarios, con sus carros blindados, con sus clubes de lujo, hay miles, no, millones de colombianos en la pobreza, frustrados y sin esperanza alguna de poder salir de ese barrizal, de la pobreza absoluta de 200 años de malos gobiernos.

Me acuerdo de la señora esta, la abogada del consulado.

WhatsApp

«Buenos días».

«Buenos días, ¿qué pasó con la muchacha?».

«Nada, hasta hoy le dicen algo».

«Hoy lo tengo terrible, Felipe. Citas y reuniones todo el día. Lo llamo en la tarde».

«Sí, seguro. Gracias».

Ya sé lo que se viene. Una llamada más, pero sin nada efectivo.

Migrar se ha vuelto el sueño del colombiano. Veinte años de ver salir a sus amigos, de verlos con trabajo, de estudio. A cualquiera le entran las ganas. Al menos, una vez cada tres años llegando a Colombia de visita.

Miles de anuncios en redes sociales diciendo: «Me quiero ir a España». «Cómo está Madrid para trabajo». «Qué tal Barcelona para trabajar». O mensajes de WhatsApp: «Oiga, será que me puede ayudar. No sé, con la habitación por unos días», «¿Cuánto vale el pasaje?».

Siendo realistas (y muchos me atacarán, porque como ya vivo aquí...), en España no hemos podido salir de la crisis económica. Desempleo de dos cifras. La mayor población joven sin trabajo y con salarios mínimos.

En España tenemos la pirámide poblacional invertida, muchos adultos mayores, baja natalidad y poco trabajo. Aquí, con 45 años eres un adulto contemporáneo.

En Colombia no te contratan ni para limpiar baños. En España, las pensiones por reparto simple peligran. Dicen que se requieren 7000 migrantes por año. Pero las preguntas: ¿Dónde se necesitan? ¿Para qué los necesitan? Y si vienen, ¿qué garantía de trabajo hay?

Ahora, casi todos quieren venirse a Madrid o Barcelona. Y a esta chica no me la quito de la cabeza. Es doloroso, y lo más probable es que la deporten.

WhatsApp

«Hola, ya le entregué el mercado».

«Gracias, mil gracias. ¿Logró verla?».

«No. No está permitido. Tampoco me informa de cuándo sale la resolución de acogida o deportación».

«Ya hablé con ella. Que el niño estuvo encantado con esas fresas».

«Qué bien. Algo alegre para pasar el mal rato».

«Sí. Gracias. Ya me dice que entre hoy por la tarde o mañana por la mañana le dicen».

«Esperar, a ver qué pasa».

«No le queda más».

Así, uno intente evadirse, no se puede. Un sueño roto como el de miles de inmigrantes que no pueden regularizarse. Hay hoy en día un tránsito que no se ve. Conozco a varias personas que, después de llevar 10, 12 o 18 años en Estados Unidos, mojados, sin papeles, retornan a Colombia, Honduras, Nicaragua, y después de tres meses hacen el tránsito, a España. Escucho muchas historias con acento medio mexicano, medio chicano, medio gringo, por Plaza de España, y preguntas. «Yo me metí por México. ¿Por qué lado cruzó usted, compadre?».

El problema es global. África, Oriente Medio, los Balcanes, Rumanía. La migración es una realidad social.

Creo que la migración es una acción de supervivencia. Antes eran las estaciones, los incidentes climáticos. Después, las guerras, las invasiones. Y hoy día son los desastres de gobiernos que nos han tocado.

WhatsApp.

«Ya la llevaron adentro. Va con el niño y dos abogados. Uno de oficio».

«Bueno, esperemos a ver. Es una ruleta, pero con las probabilidades más altas de deportación».

«En un rato me dice».

Todo pasará en un rato. Si la dejan, pues pasará a entrar a España. Si no la deportan en el vuelo que más cerca tenga con cupo disponible. ¿Ahora sí ven y saben por qué les toca comprar pasaje de ida y vuelta?

La verdad, siempre tenemos la de perder.

WhatsApp.

«Hola, Felipe».

«Hola, ¿qué le dijeron a la chica?».

«Nada, los devolvieron. El próximo vuelo con cupo es hoy a las 02:00 de la mañana».

«Terrible».

«Sí. Hablamos, gracias por tu apoyo».

«No, por nada. Siento tristeza, impotencia».

«Aquí también».

Los devolvieron. Sí. Como una mercancía, como un paquete que no tiene quien lo reciba. Mientras tanto, no existe un apoyo del Estado. Ese Estado que les ha frustrado la vida a familias enteras condenándolas a la pobreza.

Colombia recibe diariamente 17.4 millones de dólares al día de sus migrantes. Seis millones de colombianos que no tienen representación en ninguna instancia. Personas en riesgo de exclusión social que no pueden acceder a absolutamente nada de progreso, a una vivienda digna, a una educación pública de calidad, a salud en condiciones dignas.

Y siguen saliendo a hacerse una aventura, a hacerse la vida que en Colombia les es negada. Profesionales altamente calificados en diversas áreas, en puestos de trabajo donde son altamente capacitados para el cargo. No digamos ya miles de personas condenadas a trabajar de manera informal.

Y no hubo doliente. Nadie que la apoyara, nadie que le diera una voz de aliento.

Los devolvieron. No hubo nada que hacer.

11:45 de la noche, una llamada al móvil, la abogada del consulado:

—Buenas noches, Felipe.

—Buenas noches, abogada.

—¿Qué pasó con la muchacha?

—La deportaron, sale hoy a las 2 de la mañana.

—Nosotros no podemos hacer mucho, la verdad.

—Sí, siempre dicen lo mismo. Dejémoslo aquí, por favor, buenas noches.

—Buenas noches, Felipe.

Vieja triplehijueputa. Ya me voy a dormir.

45 DÍAS BAJO EL PUENTE DEL RÍO BESÓS

Un verdadero amigo es quien te toma
de la mano y te toca el corazón.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Era una niña desaplicada. Con 18 años y 9.º grado de bachillerato no me hallaba en mi natal Tuluá. Era una niña bonita, del Valle del Cauca.

Un día, en una fiesta, se me acercó un señor, ya maduro, me llevaba como 12 o 14 años. Y bueno, comencé a salir con él. Era uno de los que vendía farlopa por allá, en Madrid. Me dijo qué me gustaría hacer, y yo, sin mediar palabra, le dije que me gustaría mucho viajar. Salir de este moridero, donde solo serviría para parir hijos de padres irresponsables.

Ese hombre, sin mediar más palabra, me dijo: «Te doy lo del pasaje y te vas a España. Allá está bueno el trabajo y hay como salir adelante».

Esa noche se fraguó todo. Perdí lo que tanto mi familia me decía que tenía que cuidar, pero por fin lograba tener agarrado un sueño en la palma de mi mano.

Al otro día me fui a Cali, a la Gobernación, y con parte del dinero que me había dado ese tipo me saqué el pasaporte. Qué cosa tan verraca conseguir fila y que se lo entregaran a uno rápido.

A los ocho días, ya con el pasaporte en la mano, me fui a comprar el pasaje. Cali-Bogotá y Bogotá-Barcelona.

Leí alguna vez que en Barcelona se habían hecho los olímpicos en el año 92, y habían sido unos de los mejores. Yo practicaba gimnasia en la liga del Valle, y pues, bueno, para allá es que me voy. Averigüé que una prima segunda vivía allá cerca, en un pueblo que se llama Hospitalet. Logré ubicar el teléfono y la llamé.

Me dijo que sí, que me recibía, eso sí, por unos días. En esa época, un dólar valía más o menos 157,34 pesetas. Llegue aquí con 1200 dólares libres. Podía darme el lujo de mantenerme por lo menos cuatro meses. Una habitación costaba 15 000 a 25 000 pesetas. Pagaba uno, más o menos, 95 dólares a 158 dólares por mes. Ya usted determinaba cuánto quería pagar. En fin, con la maleta hecha con ropa totalmente nueva, desde las

bragas hasta los calcetines, todo me hacía estar pensando que era una princesa de Disney.

Llegue a Barcelona a mediados de noviembre. Ya se sentía el frío que nunca había experimentado. Me recogió mi prima lejana y llegué a su apartamento, o mejor, su piso en Hospitalet. Un piso sencillo, pero acogedor.

Al inicio, me dijo: «Mija, y como cuánta platica traje, porque aquí toca pagar para todo». Yo, en mi inocencia, le dije lo que traía. Ella, muy hacendosa, me dijo: «Démelos, que yo se los cuido».

Sí. Usted pensara que fui una inocente o incluso, ingenua. Tenía 18 años, y efectivamente, se los entregué. Sí, igualmente que usted, hoy en día pienso como fui tan idiota, tan pendeja en dejarle esa platica. Desafortunadamente, lo que por agua llega, por agua se va.

Pasados unos días y después de recorrerme en el metro toda la ciudad, mi prima lejana me ayudaba con mi primer trabajo.

—Mija, ahí me salió un trabajito para cuidar a un yayo, un adulto mayor, para unos días, a ver si usted lo hace.

—Claro que sí, prima, yo lo hago.

Con esa ilusión de ver qué es lo que hay que hacer.

Efectivamente, llegamos a un piso muy normal. Estaba la hija del señor hablando con mi prima.

—Mi padre es un poco especial. Hay que tenerle paciencia, pero veo que la chica es delgadita, pero fuerte. Creo que si lo sabe llevar, le va a ir muy bien.

—Sí, la chica esta recién llegada, pero seguro aprende rápido.

Así fue que, en menos de 15 días, ya estaba trabajando. Pero lo duro empezó a los 8 días de trabajar. Estaba casi 11 horas con el señor. Iniciaba labores a las 8:00 a. m. Y terminaba a las 9:00 p. m. A esa hora me iba a casa, al sofá, a decir verdad.

El régimen cuidando el yayo era complejo. A las 08:00 llegaba a la casa. Lo limpiaba, caminaba y se valía solo, pero había que cambiarle el pañal, porque tenían incontinenencia, con todo y lo que esto conlleva. A las 9:00 el desayuno, zumo de naranja de bote, un café con pan tostado y tomate, algún embutido. A las 10:00 ir al supermercado a comprar lo que se necesitara para

la comida y cena. A las 11:30 iniciaba a hacer la comida para a la 1:00 dársela. Por lo general, una carne, pescado, pollo, cerdo, ternera, con una guarnición sencilla de verduras o patatas, una cerveza sin alcohol y café. Merendaba a la tarde con café y una pasta, panecillo o galletas, y de cena, un bocadillo con una cerveza. Yo comía de lo mismo. Pasados 15 días de estar trabajando, de manejar y conocer las claves de la cartilla del yayo y de estar organizando su casa cada día, llegó el mal momento. Estando limpiando al yayo en la mañana, y estando desnudo, me dice, sin el mayor desparpajo: «Linda, si te dejas tocar las tetas, te doy un extra cada semana».

Sentí como si el mundo me aplastara. Esa rara sensación que pasa por tu cuerpo cuando algo malo pasa, que sientes como si toda tu piel se recogiera en un amasijo de cueros, a la vez que todo se torna lento, lento y distante, y un extraño zumbido te tapa los oídos.

Lo vi con desdén. Era un trabajo, así que le respondí con mucha firmeza: «Lo siento, no soy su puta, solamente vengo a trabajar, y de manera decente».

Nunca pensé que esa apreciación, simple, llana y transparente, fuera a ser el trampolín de 45 días de un infierno que me hizo madurar 20 años en un instante.

No me dijo nada en el momento. Noté su mal humor en el instante, y no pronunció palabra. Cuando fui al supermercado, ya lo noté extraño. Cuando llegué a casa de hacer la compra, ahí estaba su hija.

—Dame la cartilla del banco de mi padre.

Quien nada debe, nada teme. No voy a negar que me tomé algunas Coca-Colas y algún café con pan esos días. Pero de robarle al viejito, nada. Yo no tenía la más mínima intención de robarlo. Simplemente la entregué y guardé los recibos.

—Que mi padre dice que le has venido sacando pasta de la cuenta.

Con miedo ante la situación, pero como nada debía, le pasé la cartilla y los recibos de las compras. Al detalle no, pero más o menos concordaban. No había actuado de mala fe. No harían falta más de 1000 pesetas, algo así como 17 euros.

Así el tema de complicado que la hija del yayo me echó de la casa. No antes haber llamado a mi prima a decirle que pasara a hablar con ella.

Efectivamente, mi prima me fue a recoger, y como la mejor tradición colombiana, empezó primero por dudar de mí, y después a echar cantaleta, me llamó aparte y...

— ¿Usted qué fue lo que hizo? Ve, uno no puede ayudarle a nadie porque lo dejan a uno como un cuero, ¿qué le hizo al viejito, cuánto le sacó? ¿Acaso que pensó que no le iban a pagar o qué? Diga a ver, porque lo que es aquí la mando deportar.

Esa frase, esa inmensa mentira de que una persona puede hacer deportar a otra me puso helada. Se me bajó la tensión y sentí un pánico terrible. Nada más de verme devuelta en un avión a Colombia me hizo sentir de todo.

Ya con el tiempo supe que nadie puede deportar a otro ser humano, ya que es algo que hace un Estado, cuando una persona afecta su integridad o su constitucionalidad. El resto seríamos expulsados, eso sí, después de un trámite largo, casi engorroso y nunca, nunca en caliente. Nunca seremos humanos ilegales, ya que no afectamos la legalidad, sino que somos irregulares, afectamos, realizamos una falta administrativa, no penal.

Tenía 18 años. No sabía nada del mundo. Mujer joven, migrante, no soy fea. Todo lo tenía en contra.

Salí de esa casa con más rabia que temor. La manipulación y la edad irían en contra de mi juventud y mi inexperiencia. Recogí mi ropa de trabajo y salí de allí con mi prima. Tomamos un taxi y ya en la casa, entre gritos, amenazas y malos tratos, me dijo que me tenía que ir. Le pedí el dinero que le di y me entrego 1000 pesetas. En realidad, tenía 188 800 pesetas al cambio, con mis 1200 dólares. Me dijo, de manera cínica, que era lo que tenía al cambio de moneda, y que agradeciera por la devolución, porque tenía que devolver lo que supuestamente yo le había robado al yayo. Cuando me echó de su casa, con la frase más desgarradora que había escuchado en mi vida, me dijo: «Con eso te haces la vida, por cabrona». No tenía ni idea de qué era ni lo uno ni lo otro.

Salí de Hospitalet con una maleta, sin mi dinero y sin conocer a nadie. Tomé el metro de la línea roja y llegué a la estación de Santa Coloma de Gramanet. Salí. Vi una calle inmensa llena de gente, una subidita, un pueblo de calles pequeñas.

Sin saber para dónde andar llegué a un parque pequeño y me senté a llorar.

Lloré horas. La gente pasaba, me miraba, pero no me preguntaban nada. Seguí llorando por no sé cuánto tiempo. Cuando me di cuenta eran las 11:00 de la noche. Traía un relojito de mi pueblo. Un regalo de un pretendiente. Así me guiaba. En esa época qué teléfono móvil ni qué nada. Todo se conseguía de boca a boca y con contactos. Me bajé al río, a la altura del puente de Potosí. Allí saqué una cobija, puse la maleta en la cabeza, y sin comer nada, me dormí.

Es rara esa sensación de estar sucia. No tenía dónde ducharme. Me compré unas toallitas húmedas y me metí en el primer bar de Santa Coloma de Gramanet para meterme en un baño a medio limpiarme. Llevaba así por lo menos una semana y cuando salí del baño, el camarero ecuatoriano me abordó.

—Señorita, ¿no va a tomarse el café con leche de hoy?

No tenía ni un duro. Desde el día anterior ya no sabía qué comer. Pasé de algo caliente a tratar de comer con lo que pudiera comprar con 400 pesetas al día. Un yogur del supermercado DIA, junto a unas galletas, o alguna pasta de oferta. No podía darme otros lujos. Por la mañana, un café con leche de 90 pesetas de promoción con alguna pasta y poco más.

Le respondí al camarero.

—Perdona, pero hoy no puedo, ya no tengo plata.

—Tranquila, parce, cuando pueda, me lo paga.

Así, por la cara en España, pude desayunar ese día.

Como buena colombiana, dejé de pasar por allí unos días. Hasta que, a la semana, caminando por el parque, vi la figura del ecuatoriano camarero. Venía con un café, una bolsa con pastas y una bolsa de plástico con comida.

—Tranquila, colombiana. Yo sé por lo que está pasando. A mí también me tocó.

Ese día pude comer, por primera vez en mi vida, un chaulafan casero. Me mareó toda esa comida que el muchacho, que ni siquiera sabía su nombre, me trajo a mi chiringuito.

—Pásese por el local todos los días a las 5:30. Ya se va el jefe y yo estoy solo. Le paso la comida que quede y listo. Y tranquila, por lo general la tiramos. Por eso no hay problema. Eso sí, que quede entre nosotros, que si no me echan y estoy con lo de los papeles.

—Claro, tranquilo... Y gracias, no sé cómo le voy a pagar.

—No tienes por qué hacerlo, parcerita.

Y así me dejó.

Ya llevaba un mes en esas condiciones. Este chico sí que me había salvado la vida. En miles de ocasiones hoy en día, recuerdo escuchar esto de muchos colombianos: «Yo le salvé la vida a este, a ese, a aquella también». Qué gente tan despreciable. Nunca se acuerdan de que los rescatados son ellos, a decir verdad.

Este mes fue el más duro de mi vida. Hacía mucho frío y nada que podía evolucionar. Seguía debajo de ese puente. Nunca llegó ni un policía ni un mosso d'esquadra, nada. Seguí allí durante 15 días más, con la ayuda del amigo ecuatoriano.

Un día llegó el ecuatoriano donde yo estaba, debajo del puente. Me dijo:

—Parcerita, me la preguntaron.

Que alguien te pregunte, en un país desconocido, es extraño. Con un café caliente que me traía en la mano, el ecuatoriano me dijo que una chica catalana me había preguntado. No lograba entender el alcance de la noticia.

—Parcerita, mire: la Anna Ballester vive sola en un piso que le han dejado sus padres. Ella te vio casi todos los días en el café, y veía que te aseabas y todo esto. Se había ido a Noruega por el trabajo y apenas volvió, te preguntó. Yo, con perdón tuyo, le conté de la situación que vivías y, parcerita, me dijo que te llevara hoy al café. Ve y miras a ver qué pasa. Píde lo que quieras, hoy te invito yo.

Fui al café. Me pedí un bocadillo de lomo y queso (ya me estaba catalanizando), y a los 20 minutos llegó Anna.

Anna es una mujer de unos 35 años, y me vio todos esos días. Vio que no era de allí, sino inmigrante. Vio cada día como salía y entraba debajo del puente. Dejó de verme después de quedar debiendo el café. Tuvo que salir de viaje urgente por su trabajo a Oslo, en medio de una ola de frío intensa. Pero no tuvo tiempo de hablarme. Cuando llegó, lo único que hizo después de bajarse del avión fue ir a preguntar por la chica latinoamericana. Y allí llegó.

Con ese acento catalán que ya yo medio reconocía, me dijo:
—Yo veo que eres una chica diferente. Se ve que no estás en malos pasos, porque con lo buena que estás, de puta ya te habrías ido, seguro. Confiaré en ti. Vamos a casa y ya veremos.

Me llevó a su casa, y en una habitación pequeña, después de lograr ducharme y quitarme esta concha de mugre que me cubría, como dice Ricardo Arjona, «desde el pelo hasta la punta de los pies», me acosté a dormir.

Me levanté sin saber cuánto había dormido. Solo con una nota en la cocina, junto a un táper de comida, me enteré. «Aquí te dejo esto para que comas. Ya van tres días desde que te puse a dormir».

Dormí tres días seguidos decentemente. Fue hasta ese momento lo mejor que me había pasado en España. Nunca había valorado el tener una cama, una comida caliente y un apoyo en esta vida.

Lo de después solo es historia. Logré conseguir un trabajo de camarera. Estudié cocina en un instituto catalán. Soy chef en un hotel de Barcelona. Engordé. Tuve novio. Conocí. De mi prima solo supe que se quedó sin trabajo y tuvo que salir del piso. Se gastó el dinero que me *guardó*, y ahora va de habitación a habitación, no la volví a ver.

Al yayo lo cogió una chica dominicana que lo desplumó en menos de un mes. Imagino que se dejó tocar las tetas, pero de gratis, nada. Murió al año y medio después de que me sacó su hija de la casa.

El ecuatoriano; el ecuatoriano sigue siendo mi amigo. Soy madrina de uno de sus hijos, y nunca, nunca, habla de cómo me ayudo, cómo me alimentó y cómo me sacó de la calle sin esperar absolutamente nada a cambio.

Anna Ballester falleció 5 años después de ayudarme. Murió muy joven, pero habiendo recorrido medio mundo. Fuimos amigas. La acompañé hasta donde pude en el hospital. Un cáncer que nunca detectaron se la llevó. Su piso pasó a ser de la Generalitat de Cataluña.

Del trapichero no volví a saber hasta 10 años después, por noticias. Lo habían cogido en Madrid en una redada. Tenía un laboratorio de procesamiento en un chalet. Paga más de 18 años de condena.

Aún conservo ese viejo pasaporte mojado, raído y vencido expedido en Cali, la Sultana del Valle. Ha pasado conmigo las buenas y malas, y ha sido testigo fiel de lo que es migrar, porque migrar no es para muchos, amigos, migrar, compañero, migrar es para berracos.

TODOS QUEREMOS SER RICOS

Lo esencial es no perder la orientación.
Siempre pendiente de la brújula siguió
guiando a sus hombres hacia el norte
invisible, hasta que lograron salir de la
región encantada.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ.

—**K**iubo Alberto, ¿cómo vas tú?
—Hola, viejo Fer. ¿Qué tal?

—Bien, Alberto, ahí, viendo cómo llega gente de todos lados. La vaina es que se ponen a hacer. Trabajo en negro muy poco. Hay gente que solo se está haciendo 30 euritos a la semana, y con eso, pues nadie vive.

—Pues imagínate, Fernando, que ya todo el mundo está templando para esos multinivel. Al fin y al cabo, no piden currículo, ni experiencia.

—Pero eso es de toda la vida; Amwey, Herbalife, Fourtlife, Mary Kay, todas esas vainas ahí que terminan el *life*. Meten y meten gente cada semana. Basta ver cuántos van a tratar de hacerse la vida.

—Pero ¿sabes lo que por un lado es bueno?

—¿Qué?

—Que literalmente hacen un trabajo que no hacen otros, y es darle esperanza a la gente. Lo que está de moda entre los de platica, mi *brother*, un *coaching*. No sé de qué manera sea esto malo o bueno. No sé si al final esto le sirva a la gente, o genere más frustración. Pero lo seguro es que en estas reuniones le levantan la moral a la gente.

—Ahhh, no, eso seguro. Nada más con que pongan videos de convenciones de ventas. Dígame usted una fea en esos videos, ni una. Solo tipos bonitos, con buenas pintas, en fin. Ahí vi uno estos días en el Facebook. En Venecia, papá, dándose un paseo en lancha, invitando a su sesión de *Webinar*. Que este es *silver*, que este es *gold*, que aquel es *diamant*, en fin, sí que habrá gente que se gane la vida así. Pero el tema es tener la cara dura para aceptar que esa vaina es un trabajo de más de siete años y 14 horas diarias en lo mismo, y vendiendo producto cada mes, y lo peor de todo, que usted invita a sus amigos a que le compren, y alguno que otro, por vergüenza, le compra, pero en la mayoría, una puerta fría es un no por respuesta.

—Sí, loco, tienes razón. Pero lo cierto es que la gente sale a mil de allí. Con todas las hormonas alebrestadas, compadre. El tema es el aterrizaje. Póngase usted a meter 30 bolsitas para un mes por 60 euros.

—O las cajas de desayuno por más de 120 euros al mes, *my brother*. Vender esa vaina tiene pelos, dijo un amigo de un sindicato.

—Eso no es para todo el mundo. Es verdad. No todos tenemos la agudeza para vender estas vainas.

—Sí. Pero la verdad es que cuando uno no tiene para dónde más irse, le toca por ahí.

—Tengo varios conocidos que le dieron duro a lo de los embriones de pato. La verdad sea dicha, ninguno vive hoy en día de eso. Y eso que una de ella se metió duro con sector de médicos y todo.

—Hay que tener venita.

—Lo que digo, *bro*. Lo tenaz, lo que lo pone duro el tema del *coaching*. Mire. Yo estuve en uno de estos últimos. Me llamaron no sé por dónde, pero como tengo el tiempo me fui. Una reunión, donde al principio no dicen nada. Solo motivación, videos de gente con plata, que se dan una vida que se ve, buenísima, en fin.

—Y todos ahí sin pal' almuerzo, seguro.

—Sí. Después lo invitan a usted pagando 10 euros, a un hotel, donde, ahora sí, le presentan los productos y todo. Más videos, más gente hablando, pasándola riquísimo. Usted puede probar menos de medio vaso de agua con el producto. No hay que negar que esa vaina es riquísima. Y le regalan uno que otro sobre de esa vaina. Por ahí tengo uno, ni lo he probado.

—Bueno, y que le hicieron un pajazo mental, ¿sí o qué?

—Llámalo como quieras, *bro*, pero me puso a pensar.

—¿Cómo así? Cuente.

—Sí, *bro*. No sé si para meterme a vender esa vaina. La verdad, pide un buen billete para entrar ahí, en condiciones de ganar, supuestamente, buen billete y yo no tengo paciencia para eso. Pero lo que me atrajo en verdad fue el nivel de *coaching* que están generando y esa vaina no es gratis. De hecho, hoy día es

una megatendencia el tener un *coaching* para todo. Que para el trabajo, que para el gimnasio, que para la pareja, en fin.

—Sí. Yo supe que al italiano que fue jefe mío, para dejar la drogodependencia la empresa le pagó un *coaching*. Como que no le sirvió de mucho y le tocó irse de clínica de desintoxicación.

—Sí, hay para todo. Pero una de las cosas que más me llamó la atención fue lo que la chica líder del tema de desarrollo. Eso sí tiene una labia tenaz, pudo hablar tres horas seguidas, y sin beber agua. Ja, ja, ja, ja.

—¿Pero qué es la vaina que dicen allá?

—Bueno, *bro*, mira, esa vaina la resumí yo así: uno tiene más de un millón de pensamientos al día. De todo. Usted tiene pensamientos sexuales, de sus recuerdos, sobre todo, los malos, que es lo que más lo influyen, por ejemplo, una mala experiencia laboral. O una mala experiencia sentimental. Eso influye en tus pensamientos diarios. ¿Cómo llaman a eso? *Mind set*. Lo que yo tengo guardado en el cerebro, *bro*. Esa vaina, el *mind set*, es tu *stock* mental. Pero lo que de verdad hace la motivación es el otro escalón: es lo que ellos llaman «la mentalidad de lo posible», *bro*. Quiere decir que si tú tienes una mentalidad fija, como la gente cuadrículada, pues es muy difícil tener éxito o cambiar de mentalidad. Pero que si tú estás dispuesto a aprender tienes una inteligencia de crecimiento, puedes llegar a tener muchos más niveles de éxito que cualquier persona. No solo en lo económico, que es lo que esta gente vende, una supuesta libertad monetaria, sino en tus relaciones de familia, laborales, con tus hijos, con todo.

—Ahhh, esa vaina la vi en el *master class* de Dirección. Es cierto y dice el profe del máster que comprobado científicamente, pero allí se hace más con directivos. Algo así como que, si tienes un pensamiento, este genera tus sentimientos. Por lo tanto, así mismo serán tus decisiones.

Igualmente, cada decisión que uno toma da un resultado. El hecho es que, si uno no cambia su pensamiento, cada acción y cada resultado serán los mismos. Siempre, es un círculo vicioso. Mucha gente sigue así por no tener la capacidad de análisis para realizarlo.

—Allá voy, *bro*. Mucha gente que está en la inmunda, como decimos, que viene, emigra, se queda sin papeles, y busque que busque, sale un día y va a esos seminarios o reuniones, y bueno, sale con algo, ¿no? No lo sé, pero que salen como una moto, seguro. Ya que después se desmotiven, eso es otro cuento. Pero que salen como una moto, salen.

—Bueno, al menos han estado en un *coaching* que le abre la mente.

—Seguro que a algunos les llega algo. Seguro que a otros no. Pero imagínate que metiéramos ahí a un poco de gente y le habláramos de tener la capacidad de cambiar de pensamiento. Por ejemplo, en los políticos. Mierda, algo se haría, ¿no?

—Puede que sí, pero es que ahí, con los políticos, solo están por un interés. A esa gente no le interesa nada ni nadie, en su gran mayoría.

—La vaina sería educar así a la gente. Que si puede cambiar su pensamiento puede mejorar su vida. No ya con éxitos en materia de empleo o de que si va a hacer una empresa va a ser el tipo más rico del mundo. Naaaa, eso no. Es poner a la gente a pensar que, por ejemplo, en Cartagena, que pueden cambiar de vida si se unen para mejorar las condiciones, de que no hay agua potable, ni luz eléctrica, ves, así es que se puede.

—Esa vaina la llamaba una argentina que tenía una pizzería en la calle París como la Psicología del Ganador

—Naa, esa vaina es otra cosa.

—Bueno, pero es la idea.

—Sí, seguro, pero esto es otro tema. Es decirle a una persona que teniendo una mentalidad elástica, dispuesta a aprender, no importa edad, ni nivel académico, puede tener otros éxitos. El concepto es diferente.

—Sí, tienes razón. ¿Y de qué sirve aquí?

—Creo que de aguante. Aquí, de migrante, uno debe tener mucho aguante. Y es ahí donde estas reuniones hacen que la gente piense que al final todo pasa, y que con el tiempo llegará la oportunidad que necesitan para regularizarse, para tener su piso, sus comodidades.

—Sí, *bro*. La gente no se imagina el tiempo que uno gasta para poder nivelarse. Uno solo aquí, en las grandes ciudades en Europa, para dar lo que los sociólogos llaman «el paso adelante» en lo social, son siete años o más. Si viene con alguien, con una pareja que ayude, que aporte, son cinco años. Más o menos.

—Sí. Es muy cierto. Arrancar solo, pagar lo que se necesita para un piso y lo que esto conlleva es muy duro. Conozco parejas que han tenido que pagar hasta seis meses por adelantado para obtener un piso por inmobiliaria.

—Sí, todo, al final, es con tiempo, con trabajo y con aguante. Por eso te digo que esas reuniones puede que hagan algo que muy pocos hacen. Dar esperanza a un migrante sin papeles, en estado de indefensión, es bueno. Lo malo es que esta persona no logre los objetivos y se caiga o se desmotive. Pero que algo ayude, seguro que sí.

—Sí, estoy de acuerdo. Y vas a vender esa vaina.

—No creo, *brother*. Estoy en otro proyecto.

—Seguro será otra historia, ¿no?

—Sí, eso es otra historia.

La presente obra no hubiese sido posible sin la colaboración
de las siguientes personas:

Familia Lastra Marín
Astrid Trujillo
Loren Andrea Cardona
Juan Carlos Prieto

Gracias por su inmenso apoyo y su amistad.

ÍNDICE:

Un café, pero con leche y pan.....	9
En la salud y la enfermedad.....	21
La primera habitación en Barcelona.....	29
Desesperación	39
Recuerdos.....	53
La triste realidad.....	59
Los devolvieron	65
45 días bajo el puente del río Besós	75
Todos queremos ser ricos.....	85



Español. Desde el año 2011, como activista social por la Comunidad Colombiana Residente en el Exterior ha trabajado en procesos como «NO al Impuesto de Timbre», «No a la Pérdida de la Segunda Curul de los Colombianos en el Exterior», «Sí a la Paz de Colombia» y en el último año como parte activa y fundador del Frente Común por los Colombianos en el exterior, junto a otros activistas en Canadá, Estados Unidos, Chile y España.

Desde el año 2015 escribe sobre las realidades económicas, sociales y políticas de la migración colombiana en varios medios de comunicación alternativos en Colombia y El Mundo, como Las 2 Orillas, Es Noticia, La Tribuna EE. UU./COL,

Al igual que muchos emigrantes, Londoño Ortiz ha tenido que pasar por todo tipo de trabajos, desde seleccionar frutas, camarero o ayudante de obra, para sobrevivir en un país que, a pesar de usar la misma lengua, tiene diferencias en sus diferentes usos y costumbres.

Por la compra de este libro, usted apoya con un euro al deportista infantil colombiano Bryan Gutiérrez, campeón de Catalunya categoría Minimotos, 2019. Este pequeño aporte será para su participación en la Copa España de Minimotos de la temporada 2020.

Síguelo en redes sociales:

 **teambr27**

 **Fan Page Teambr27**

Comparto piso es una recopilación de historias, cuentos y relatos escritos por José Ángel Londoño Ortiz, basados en experiencias reales de muchas personas de origen migrante colombiano.

En estas nueve historias se reflejan las experiencias de diversas personas y su proceso migratorio, el encuentro con realidades diferentes, culturas diferentes, sus conflictos, su creación de redes de apoyo y la forma de cómo lograron solucionar de una manera distinta su nuevo contexto económico, político y social en una nueva sociedad.

Muy fresco y actual, este conjunto de relatos de esa primera ola migratoria colombiana, no reconocida por el Estado, pero sí parte activa de él, mediante el envío de remesas, siendo el tercer renglón económico más importante de Colombia.

Con el actual fenómeno migratorio de población colombiana, mano de obra calificada, que actualmente se traslada y vive en países como España, Chile, México, Irlanda e Italia y se quedan en situación irregular en estos países, se vuelven a recordar, con este escrito, estos 25 años de migración no reconocida por parte del Estado colombiano, la negación que como sujetos económicos y políticos realiza el mismo, a pesar de su aporte invaluable a la economía, la educación, el deporte y la política de este país.

 **Círculo Rojo**
EDITORIAL

